



Julio Boccalatte

El jardín de los ekekos

y otros cuentos de fútbol



ediciones
al arco

COLECCION PEDRO UZQUIZA

Ilustración Carlos Nine

Pólogo Gustavo Grabia

Ediciones Al Arco

www.librosalarco.com.ar

contacto@librosalarco.com.ar

Julio Boccalatte

julioBoccalatte@librosalarco.com.ar

Ilustración de tapa

Carlos Nine

"...Hice los últimos kilómetros en burro, la luna hecha pelota en pleno atardecer, repasando en un libro los últimos detalles del mito". (El jardín de los Ekekos).

Diseño de tapa e interior

Federico Sosa

trukini@hotmail.com

Impreso en MPS, provincia de Buenos Aires, agosto de 2009

Fecha de catalogación 12-08-09

Boccalatte, Julio

El jardín de los Ekekos y otros cuentos de fútbol. 1a ed.

Buenos Aires: Al Arco Ediciones, 2009.

112 p. 20x14 cm.

ISBN 978-987-1367-15-3

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título

CDD A863

El jardín de los ekekos

Y OTROS CUENTOS DE FUTBOL

JULIO BOCCALATTE

ediciones
al arco

A Mateo
A Faustina
A Sole

Gracias a los amigos de siempre (desde Marcos hasta el Gordo; desde Leo hasta el Cachón; desde el Ruso hasta el Polaco); y en especial a dos tipos generosos: Carlos Nine y Fede Sosa.

Prólogo

El Flaco Menotti decía que “se juega como se vive”. Traspolada a la literatura la frase podría transformarse en un “se escribe como se vive o se sueña vivir”. Y está claro que para Julio Boccalatte, el fútbol se lo transpira desde el lugar del hincha que, harto de estar harto, decide jugar con el absurdo en que se ha transformado el mundo del balón sin dejar de soñar con una pureza de potrero que ya no existe más.

Cada uno de sus cuentos, ingeniosos, divertidos, y con giros de tablón que cualquiera reconocerá al instante, van en esa dirección. Todos sus personajes son troncos, perdedores, obsesivos sin sentido pero con una dignidad intrínseca de tiempos idos que los transforman en queribles. Ciertamente, El jardín de los ekekos puede leerse como una sucesión de carcajadas en clave futbolera que alivianan el espíritu y dibujan sonrisas mañaneras. Pero cualquiera que indague en una segunda lectura, verá que ahí abajo, subrepticamente, el Chopo Boccalatte habla de valores, purgatorios y códigos que perduran en aquellos que ya sea en la tribuna alentando a su equipo o en la cancha pateando con los amigos, sabe que en la vida, como en el fútbol, se juega de una sola manera: corazón, pases cortos y la intención de clavarla, siempre, al ángulo.

Gustavo Grabia

Introducción

Después de un interminable devaneo, un fracaso permanente por motivos de adolescencia o juventud, un día logramos establecer un encuentro semanal para jugar a la pelota. Teníamos de vez en cuando algún desafío interbarrial, la rutina de un 25, una mortadela, un metegol va al arco o un picado improvisado en la calle, pero nunca habíamos podido asumir el compromiso colectivo de profesionalizarnos, por decirlo de algún modo. De aquella gesta han pasado casi 20 años, y del grupo original quedamos menos de la mitad: el Cachón, mi cuñado, Jorge; el Polaco; mi hermano Hugo y yo. Entre la peregrinación por diversos escenarios, la modificación de los días de partido (primero martes, luego lunes, finalmente miércoles) y diversa clase de compromisos personales, fueron quedando en el camino, no miento, más de 200 jugadores: amigos, amigos de amigos, amigos de amigos de amigos, desconocidos y futbolistas de ocasión que en un momento u otro, más largo o más corto, cumplieron la indispensable función de completar el número, a veces diez, a veces doce, a veces catorce, a veces ocho, a veces impar. Desde hace varios años, sin embargo, el grupo está más o menos firme y soporta toda clase de vaivenes, cambios de cancha y superficies, inclemencias climáticas, condiciones geográficas: Walter, mi

sobrino David, Marcelo Gil y sus dos pibes, Nacho, Nahuel, Claudio, el otro Marcelo, Anto, en fin, tipos reconocibles más allá del color de la camiseta que llevan puesta. Lo que nos permitió establecer dos formaciones fijas, los más grandes contra los más chicos: la división, lejos de confirmar la teórica ventaja a favor de la juventud, azuzó la competencia. Los que quedamos del grupo original, claro, somos ahora el equipo veterano.

Hay pierna firme y un almanaque donde se anotan los resultados.

Durante un largo rato asumí que lo que más nos convocaba era el ritual: la cerveza y la pizza post-partido, las charlas de vestuario, la posibilidad de vernos con la excusa de la pelota, esas cosas. En los últimos tiempos, no obstante, cambié de idea: nos junta el rito o la liturgia, claro, pero del mismo modo nos reúne el fútbol, el juego en sí. El fútbol es lindo para muchísimas cosas: verlo, hablarlo, contarlo, vivirlo. Pero ninguna tan linda como jugarlo.

Como Camus, “todo lo que sé de moral lo aprendí del fútbol”; como Dolina, “prefiero perder con amigos que ganar con desconocidos”; como Menotti, “uno juega como vive”; como todos los que creen que en una cancha coinciden los resortes de la vida misma y cada situación de juego tiene valor de metáfora o moraleja o lección y trasciende; el fútbol de los miércoles con mis amigos de siempre me completa, me hace pleno, si faltó algo me falta, al punto de creer a veces que buena parte de mi vida está edificada en función de este compromiso semanal. Yo estoy orgulloso de mi hermano y mi cuñado y mi sobrino y mis amigos en muchos aspectos, pero no encuentro mejor escenario para el desarrollo o la expresión de mi orgullo por ellos que el

fútbol de los miércoles: cuando mi hermano saca una pelota jodida, cuando mi cuñado cobra un lateral en contra porque la pelota le hizo un roce imperceptible en la gamba, cuando mi sobrino se ríe si yo simulo una falta y me revuelco en el piso, cuando mis amigos hacen un gol a pesar de sus múltiples torpezas. Soy feliz con ellos.

Los cuentos que siguen, aun fantásticos en su mayoría (hablo de género, no de calidad literaria), tienen su origen en el fútbol de los miércoles. Así que, y al fin y al cabo esto es todo lo que quería decir, este modestísimo libro es para ellos, todos los que pasaron, compañeros y rivales; para el Chaca, un amigo del alma e integrante original que tomó hace años la decisión imcomprensible de morirse; y para los que puedan reconocerse de cerca o de lejos en alguna de sus páginas.

Julio Boccalatte

Komako once

Sobre la ladera Este del Monte Mbeodo, en la región selvática de la Africa Sud-Occidental por la que corre el río Congo y según consta en los apuntes de Daniel Isidoro Roa, célebre antropólogo e historiador pichinchense, los hombres Komako descansan de la cosecha de vides practicando su pasatiempo favorito, el fútbol, aunque la notoria pendiente de la cancha, de aproximadamente 67 grados de acuerdo al transportador Pizzini utilizado por Roa, y lo mismo las aguas que caen desde los hielos eternos de la cumbre, desnaturalizan los principios elementales del deporte: el juego se desarrolla casi siempre hacia abajo y muy velozmente, y el sentido de justicia aplica apenas por la exigencia reglamentaria de cambiar de lado para el segundo tiempo.

Los equipos, por lo tanto, deben exigirse en defensa y generalmente descartar toda ambición ofensiva cuando el sorteo les depara el arco de abajo; y despreocuparse por su valla para esmerarse en ataque cuando a su arquero le toca el de arriba. (Esto según la evolución de la tribu para darle mayor emoción a los enfrentamientos, especifica Roa en sus escritos, porque primariamente las canchas corrían en sentido horizontal y los partidos se consumían en la realización de laterales desde la banda

más cercana a la base del monte, inclusive a veces en la realización de un solo saque lateral si el ejecutante no tenía fuerza suficiente para superar la gravedad y poner la pelota dentro de los límites del campo. Los hombres Komako, sí, dispusieron un generoso alambrado perimetral una vez que interpretaron que 54 balones con sus respectivos ballboys habían sido ofrenda suficiente para el Gran Dios Komako, que, creían, habitaba en las profundidades de la selva).

“Más allá de las diferentes aptitudes de los hombres de la tribu Komako para el fútbol –dice Roa en sus cuadernos-, de las que hablaremos más y mejor en capítulos siguientes, llama poderosamente la atención su prodigiosa capacidad para mantener la vertical a pesar de la pendiente de la cancha, de las torrentosas cataratas que bajan desde lo más alto del monte e incluso de la escasa generosidad de Natura con sus pies, en talla brasileña un 33 ó 34. Y no hablo de la vertical respecto de la línea del horizonte, ese arqueado sobre todo troncal con el que uno intenta superar el obstáculo que representa por ejemplo una escalera, sino de su exacta perpendicularidad respecto del terreno que pisan. Hay momentos en que el juego se detiene y los Komako ahí quedan, inmóviles, desmintiendo esa amenaza de rodada colectiva que hacen sus cuerpos. Y lo mismo el pequeño niño Komako que, como en el rugby, se encarga de mantener quieta la pelota a la espera de la ejecución de un tiro libre, más allá de que, en carrera libre hacia abajo una vez cumplida su tarea, suele estrolarse a unos 44 kilómetros por hora contra el alambrado que rodea el campo de juego. La estabilidad y el equilibrio, deduzco, son talentos naturales del Komako. No así la capacidad de freno, que ha de adquirirse con los años”.

En su investigación sobre las virtudes deportivas de los hombres de la tribu, sostenida por diecisiete años de convivencia forzada al contagiarse sucesivamente de malaria, tifus, fiebre amarilla, pediculosis, lepra y hongos en las patas y sufrir la embestida de un ejemplar doméstico de hipopótamo pigmeo (“Traicionero como el gato”, según titularía luego su estudio sobre la especie), Roa despliega admiración y sorpresa en cantidades similares.

“Al talento innato del Komako para mantener la vertical, y al aprehendido para frenar o reducir la velocidad según aconsejan las circunstancias del encuentro, hay que agregar la que es acaso su aptitud más importante: el control del balón a la carrera y en semejantes condiciones geográficas. Lo que a aquellos machos originales les costó años de práctica, además del cambio del sentido de la cancha y la instalación ya citada del alambrado perimetral para que el entretenimiento no desembocara en el exterminio de la tribu, para las nuevas generaciones es un gesto natural, otro detalle de su evolución. No hay dirección de la cancha que no suponga una dificultad en el traslado, hacia arriba, hacia abajo e inclusive hacia los costados vista su tendencia a lateralizar el juego, y para uno y otro lado el Komako resuelve siempre con eficacia”.

“La incorporación congénita de este citado dominio del esférico –dice Roa-, les permitiría a los Komako volver a la antigua disposición del campo, esa horizontalidad que eliminaría el desequilibrio de la pendiente hacia un arco y daría una impresión de mayor justicia, o de justicia constante. No obstante, dos argumentos asisten a la tribu para dejar las cosas como están: la tradición, primero, y después las graderías construidas a los cua-

tro lados del perímetro. Sin presupuesto para la reedificación necesaria luego de que el jefe de la tribu perdiera los ahorros comunales en el bingo de Zimbabwe, en caso de cambiar el sentido de la cancha los Komako estarían obligados a instalar los arcos a la altura del séptimo u octavo escalón de las hoy tribunas laterales, un obstáculo más a los ya propuestos por la naturaleza; y lo peor, la novedosa lejanía del juego respecto de las actuales cabeceras, una consecuencia inevitable de la posible transformación, atentaría contra la afluencia de público”.

La obra de Roa, atrápante desde todos sus ángulos, cautivó la atención de don Pedrito Gianello, el longevo entrenador que El Porvenir contrató a mediados de los 60 para intentar el ascenso a la Primera División.

Cultivado, inteligente, ávido lector, una total rareza en el ambiente; pero también un estudioso de tácticas y estrategias y sistemas, un resultadista, un aprovechador de los resquicios reglamentarios, todos los sentidos al servicio de la búsqueda del triunfo; Gianello llegó a los textos de Roa por casualidad, reproducidos en la última edición de la Selecciones Readers Digest que encontró en la sala de espera del dentista; se los devoró de un tirón y, al cabo, puso especial interés en el capítulo de cierre, en el que Roa describe las particulares virtudes futbolísticas de un joven de la tribu que conoció unos pocos meses antes de finalizar su convivencia y al que llamó, en función del puesto que ocupaba en el campo de juego, Komako Once.

Describe el escritor al respecto: “Destaca, en Komako Once y a pesar de las teóricas inmadurez y debilidad física de su plena adolescencia, el desborde por la punta izquierda y posterior centro atrás. Y destaca porque no es virtud exclusiva del perío-

do en el que lo favorece la pendiente de la cancha, citada ya la capacidad de los machos de la tribu para controlar el balón a pesar de la caída; sino porque también la exhibe cuando su formación ataca hacia lo alto: Komako Once, siempre pelota al pie, corre como si respondiera a un llamado divino que llega desde el ápice mismo del otero, sobreponiéndose con valentía y fortaleza a las cascadas que marchan al río Congo, a la inclinación del monte, a los furibundos rayos del sol ecuatorial que le dan sobre los ojos y la frente y, finalmente, a la férrea marca en zona que utilizan como sistema los Komako; a veces a tal punto poseído por la velocidad que rebasa el límite del campo y, ante la amenaza de que atraviere, desbocado, tribunas y alambrado, debe ser convocado a los gritos por compañeros y rivales. Pero son estas últimas las menos: aun con la orografía en contra, Komako Once llega a la línea de fondo y manda un centro perfecto, aunque entre un movimiento y otro debe esperar cuatro o cinco minutos, lo que tarda un compañero en llegar al área, reponerse del cansancio de la escalada y situarse finalmente en posición de remate”.

Esta demora a la que lo sometían sus compañeros, además de obligarlo a perfeccionarse en el arte de cuidar la pelota ante el provecho que sacaban sus marcadores, fue también la excusa que encontró Komako Once para probar con remates desde lejos: “A tal punto precisos y potentes –cuenta Roa-, que superan largamente la resistencia de la gravedad y, cuando no terminan en la red, exigen sacrificadas intervenciones de los arqueros adversarios”.

El conjunto (juventud, velocidad, desborde, potencia, precisión, gol, resistencia) daba un jugador más que completo, un

proyecto que Gianello no pasó por alto, lo mismo que interpretaban hombres, mujeres y niños, ancianos, sabios y brujos de las tribus vecinas, que llenaban el estadio cada vez que se anunciaba su presencia en un encuentro. “A los Komako –relata, asombrado, el antropólogo pichinchense-, y convocados por las señales de humo que se elevan por el monte y atraviesan el cielo, se suman los Congos, los Bakongos y hasta los pigmeos de la aldea Twa, aunque, vale aclararlo, estos últimos beneficiados por la promoción que en especial se les dirige, ‘Paga 1 pasan 15’”.

Gianello, lo dicho, se detuvo en los generosos párrafos que Roa le escribió a Komako Once e imaginó los múltiples beneficios de tenerlo en el plantel de El Porvenir con el que iría por el ascenso a la Primera. Ese real entusiasmo fue argumento suficiente para convencer a la Comisión Directiva del club de contratarlo, aunque también pesó la idea de comprarlo barato, tal vez por especias o pelotas o redes para los arcos, y luego de su segura explosión transferirlo a River, Boca o el fútbol europeo por una millonada nunca vista.

El DT, así, y con el texto de Roa guardado como el secreto más valioso, preparó el viaje. Antes de la travesía, sin embargo, atendió las notas dedicadas por el autor a la comunicación de los Komako: “A diferencia de otras tribus instaladas a las orillas del río desde el lago Tanghanika hasta el Atlántico, que usan dialectos tales como el lingala, el kikongo o el kiswahili, los Komako utilizan su lengua propia, conformada por sólo una palabra: Komako. Lejos está sin embargo el término de significar siempre lo mismo: la interpretación se hace de acuerdo a las entonaciones aplicadas, que pueden ser millones y le dan al idioma una riqueza conceptual superior al español o al mandarín. Komako,

así y según el tono, puede significar tanto un monosílabo como la enunciación completa de la teoría de la relatividad de Albert Einstein; tanto un silogismo categórico aristotélico como *a ese no le des bola que no se le entiende un soto*, frase esta que refiere por lo general a O-ma-o, el único gangoso de la tribu. En definitiva, el cómo siempre conduce al qué, y no siendo nativo se requieren años y años de práctica para la aplicación del tono en función del concepto pretendido, porque las diferencias son, en la mayoría de los casos y como una escala musical diatónica, directamente imperceptibles al oído del forastero”.

Para no correr el riesgo de humillaciones o malas interpretaciones, algo que según rumores había sufrido el propio Roa a su llegada a la aldea, Gianello se garantizó la compañía de un traductor Komako-castellano egresado de un colegio de Madrid. Allí vivía el traductor, pero al DT le venía bien la escala: para evitar posibles espionajes, y dejando la pretemporada del plantel en manos de su ayudante de campo, pasaría por España, cruzaría por Gibraltar y bajaría por la costa del Atlántico desde Marruecos hasta la desembocadura del Congo, Angola, con paradas programadas en Senegal, Costa de Marfil, Nigeria, Camerún y Gabón para comer, dormir y, tal vez, detectar nuevos talentos.

Así lo hicieron, Gianello y el traductor, y al llegar a la unión del río y el mar al técnico no le importó el fracaso de su objetivo paralelo, el de encontrar nuevas perlas; ni tampoco el desafío de remontar el Congo en una precaria barcaza alquilada a un nativo: era la recta final hacia el encuentro de Komako Once, el hallazgo más importante en la historia del deporte, la apertura de un mercado inagotable, el hombre que lo llevaría a la gloria defi-

nitiva después, suponía con cautela, de la lógica etapa de adaptación a un fútbol nuevo. Lo primero y más difícil, pensaba el entrenador, sería habituarlo a la verticalidad.

Remaron tres días, tarea interrumpida por descansos breves, y al cuarto sol irrumpió la cima nevada del Monte Mbeodo. Dos horas después ataron el bote a un árbol costero y cumplieron a pie la última etapa del camino. Cuando, sin mayores dificultades que las previstas, lograron dejar atrás la profundidad de la selva y aparecieron las primeras construcciones de la tribu, Gianello rompió en llanto. “¡Llegamos, llegamos!”, lo abrazaba al traductor, y pocos pasos más adelante advirtió los trazos de la cancha en la ladera oriental del cerro. Era tal cual la describía Roa en sus cuadernos, la geografía irregular, los pastos altos, otra porción virgen de selva en la base de la montaña, inclusive algunos pigmeos dormidos y olvidados en las gradas; y el hecho de que en ese momento no hubiera juego se debía a la cosecha de vides que, según comprobó inmediatamente, a esa hora desarrollaban a destajo los Komako.

Caminaron entre las miradas curiosas de niños y mujeres y, finalmente, se detuvieron ante un grupo de ancianos, los sabios de la tribu, ante quienes se inclinaron en señal de respetuoso saludo. Una vez que los viejos les devolvieron el gesto, lo que entendieron como una bienvenida, Gianello le dijo al traductor:

-Deciles que vengo en busca del jugador al que Roa llamó Komako Once.

El traductor pensó y les dijo:

-Komako.

Los ancianos se miraron unos a otros, diciéndose Komako en distintos tonos y energía, como debatiendo, hasta que uno dijo:

-Komako.

-Preguntan que para qué lo busca –le explicó a Gianello el traductor.

-Deciles que lo busco para llevarlo a jugar a la Argentina. Que tengo muchas cosas para ofrecerles a cambio. Tomá, mostrales, tomá... -dijo, sacando la Selecciones y abriéndola en las páginas dedicadas a su estrella.

-Komako –insistió el traductor, y les señaló la revista a los sabios.

Entonces, y luego de unos segundos de silencio en los que volvieron a mirarse entre sí, los ancianos estallaron en carcajadas, algunos directamente llorando de la risa, revolcándose en el piso, tomándose la panza como con miedo a desarmarse. Hasta que uno de los viejos le gritó a un niño:

-¡Komako! –y entre los otros viejos volvió a instalarse el silencio.

El niño corrió a una choza y volvió con un libro. La obra original de Roa.

El viejo agarró el libro, lo abrió en la última página y le mostró a Gianello, “Este libro se terminó de imprimir el 19 de agosto de 1906”, mientras otro le señalaba, unos metros más allá, a un hombre más viejo todavía, entre 70 y 75 años, sin dientes ni pelo, que andaba con dificultad entre unas piedras y vociferaba Komako en entonaciones sin sentido.

Aquel joven prodigio era ahora este despojo.

A Gianello le costó caer en la cuenta. Justo a él, detallista, obsesivo, puntilloso, le ocurría semejante distracción. Se llevó las manos a la cabeza, al corazón, a los bolsillos; dio vueltas sobre sí mismo; amagó con caminar hacia la cancha; miró mil

veces la fecha de impresión del libro; insultó. Se desmayaba ya cuando un viejo pidió atención y un instante luego dijo, señalándolo:

-Boludo.

Y los otros ancianos se sumaron, festivos, otra vez riendo a carcajadas, Boludo, siempre en un tono idéntico, Boludo. La primera y única palabra en castellano que habían aprendido durante el largo paso de Roa por la tribu.

El jardín de los ekekos

Todavía hoy sostengo que con el Bobi fuimos algo injustos y no sé si hasta no fuimos impacientes; de última, la primera vez que salió con nosotros a la cancha y posó, mansito, con la formación para la foto, sacamos un empate después de 17 derrotas seguidas. Y destaco que posó mansito porque apareció justo ese día, minutos antes del partido, así, de la nada, y bien podría haberse retobado cuando el Negro Pommarés sugirió usarlo de mascota en vez de darle un poco de dogui, un plato de agua, no sé, algo. “Che, salgamos con el perro a ver si cambia la mano”, dijo, y a todos nos pareció una buena idea aun advirtiendo lo que serían los gritos de la hinchada, hoy salieron con 12, esas cosas. Así que ahí nomás le pusieron una camiseta, si mal no recuerdo la de Timossi, que era suplente y no entraba nunca; Pommarés le dijo “vamos Bobi” y el perro se encolumnó con el equipo como si hubiese esperado toda su vida por ese momento, como si aquel fuera el papel a medida que le tenía reservado el destino, sin siquiera protestar por la poca originalidad del nombre recibido.

Pero bueno, la fortuna duró sólo ese partido, el del empate, y creo que el Bobi siguió cuatro o cinco fechas más, todas derrotas claro, inclusive lo llevamos en el micro en los partidos de

visitante, a veces un verdadero asco porque el perro reconocía el olor de la camiseta de Timossi y le meaba el bolso como marcando el territorio, hasta que Pommarés se llenó los huevos y en un entrenamiento le dio tal volea en el ojete que el perro voló ocho o nueve metros, parecía Superman o el perro de Superman, un zapatazo hermoso que nos sorprendió de Pommarés, que la única vez que pateó un tiro libre levantó limpito un pan de césped y esa vez no, le dio al Bobi con el empeine completo, esa satisfacción de la volea plena, y salimos a abrazarlo como si fuera un gol.

La cuestión es que no funcionó el Bobi como no habían funcionado diferentes ritos religiosos impuestos por los DT, la visita de una bruja, un exorcismo en el vestuario y un millón de cosas más. Hasta que un día decidí:

-Muchachos, para el partido de mañana traigo al Ekeko.

-¿Qué carajo vas a traer? –me preguntaron.

-El Ekeko, mi Ekeko. Nada. Cierren el orto. Ya van a ver.

Más allá de que yo pusiera la condición excluyente de tenerle paciencia, era, de mi parte, un acto de solidaridad, de la generosidad más pura. Porque Eekos tuve muchos, de todo tipo y tamaño. De metal, de madera y de piedra; de cartón corrugado, de cerámica y de plástico. Pero, de todos ellos, apenas uno, este último, había resultado un Ekeko digno, un Ekeko pleno, de esos a los que les ponen el cigarrillo y pitán hasta llegar al filtro y luego, como corresponde, van y cumplen un deseo. Digo el último con la nostalgia de saber que ya nunca tendré otro, pero de ningún modo subestimando el valor de los Eekos previos, que en términos darwinianos formaron la cadena evolutiva de la especie y, acompañando yo mismo con la incorporación de los cono-

cimientos necesarios, me permitieron finalmente dar con el Ekeko señalado, el gran Ekeko, el mío, el que desde allí compartiría con mis compañeros del equipo para ver si de una buena vez enderezábamos el rumbo.

En realidad, mi primer encuentro con un Ekeko había sido casualidad: me lo trajo un conocido de mis viejos desde La Paz, al que a su llegada recibimos en una cena de bienvenida. “A vos, figura, un Ekeko”, lo presentó en el reparto de obsequios, sacándolo de una bolsa de nylon y ofreciéndomelo como si viniera a revelarme los secretos del universo. Significó, para ser sincero, una entera novedad. No es que desconociera sus poderes o atributos; directamente me estaba anoticiando de su existencia. Era de madera, tallado a mano, y había en su cara algo diabólico. Los ojos, la sonrisa, acaso la expresión en conjunto de sus diferentes componentes faciales. Será el hermano del Pombero, pensé o me dije en voz baja, relacionando los mitos en una idea casi bolivariana. Rechoncho, los brazos abiertos, de aspecto más bien desagradable y unos veinte centímetros de altura, vestía ropas en combinación de dudoso gusto y llevaba un sombrerito. Lo tomé como un regalo de compromiso, esas baratijas que se compran en un viaje para regalar a los menos íntimos y no pasar como desatento o miserable, lo que yo solía considerar un insulto. Soy de los que piensan para traerme esto mejor no me traigas nada, y ni hablar si sacás el regalo de una bolsa de nylon y montás una actuación para esconder que te costó dos pesos en una feria. Sin embargo, para no avergonzar a mi novia y a mis padres o no quedar como un jugador agrandado, que a veces les pasa a muchos cuando llegan a Primera, justamente mi situación en esos tiempos, le dije muchas gracias en lugar de metete el Ekeko

en el orto.

De chico, según recuerdo, no era supersticioso, pero convertirme en futbolista modificó radicalmente mis creencias, un poco por el contagio del ambiente y más que nada por la experiencia con el viejo Cotta, un técnico de Inferiores que definía la formación según la carta astral de los jugadores y nos llevaba dos por tres a la Basílica de Luján. Así que agarré nomás al Ekeko.

Mi idea primaria sobre el obsequio fue cambiando cuando Cacho, este amigo de mis viejos, comenzó a narrar con un envidiable manejo del suspenso la leyenda, a la que había accedido, según contó también, en oscuras reuniones paceñas y por habladurías de los gondoleros del Titicaca. Me atrapó con el relato: la historia de un enano noble, generoso, fumador empedernido, algo jorobado, perseguido, alcanzado y descuartizado por las fuerzas del mal, que se transformó en el Dios de la abundancia para los indios de Bolivia y perdió su desnudez original pero nunca sus poderes con la llegada de los colonizadores de España. La narración de Cacho, insisto, alcanzó matices que lograron inclusive emocionarme, no sé, como el relato que hizo Víctor Hugo del segundo gol de Maradona a los ingleses. Así que fue volver a casa, parar en un kiosco, llegar y prenderle, sin más, un cigarrillo al Ekeko. Lo que en principio fue curiosidad se convirtió, con los días, en una obsesión. Porque, además de supersticioso, el fútbol también me transformó en eso: un obsesivo. De los que se levantan cinco veces de la cama para confirmar que el gas y la puerta están cerrados o de los que evitan pisar la unión de las baldosas al caminar por la vereda. O de los que repiten la rutina exacta cada vez que su equipo sacó un buen

resultado. En una semana de convivencia con mi primer Ekeko agoté tres atados de Achalay, íntegros, sin que mis deseos resultaran satisfechos. Vista la experiencia con mi Ekeko más reciente, el gran Ekeko, debo aceptar que entonces pequé de ignorancia, un cigarrillo tras otro en vez de espaciarle el vicio; y también yo mismo de impaciencia, como hicimos con el Bobi, porque al séptimo u octavo día, cuando los deseos se transformaron en una serie de quejas y reclamos, lo estampé con rabia contra una pared del living.

Por provocarme cierta ternura sus fragmentos esparcidos en el piso, sobre todo el pedacito que contenía casi enteramente su sonrisa; y cierto pavor la analogía de la escena con el desmembramiento del Ekeko verdadero, según había contado Cacho, le encargué a mi mujer la reposición urgente del muñeco.

Un error. Rita, mi mujer, que había advertido la generosa erección del Ekekito original, símbolo de la fertilidad a la que también ayuda y detalle que en aquella cena de Cacho había provocado risitas cómplices entre las damas, se hizo traer especialmente de Bolivia un Ekeko metro ochenta, metro noventa, flexible, relleno de goma espuma, con el que más de una vez compartió la cama bajo la excusa de mis ausencias prolongadas por las concentraciones del equipo, símbolo del fracaso de nuestra pareja (me había emparejado de muy joven para ordenar mi vida y corregir mis hábitos nocturnos, según el consejo de otro entrenador). En proporción, no obstante, sus ambiciones resultaron exageradas, como si a este Ekeko le valieran las mismas propiedades anatómicas que al David de Miguel Angel. Por no cumplir entonces su fantasía, más allá de que igualmente me dijera que estaba mejor dotado que yo, pude convencerla de deshacernos

de este monstruoso monigote, aunque sus dimensiones me obligaron, como en el mito original, a romperlo en partes y sacarlas escondidas durante unos cuantos días en la basura cotidiana para evitar acusaciones de homicidio por parte de los vecinos, siempre atentos a estas cosas. Ya me veía en los diarios: “Futbolista preso por descuartizador”. O en el cartel rojo de Crónica TV: “Juan Carlos Diez, el crack asesino”.

Ese soy yo: Juan Carlos Diez.

Y así, decía, se fueron sucediendo los Ekekos. Pero, más allá de aquella cierta evolución de la que hablaba al principio, ninguno que completara mis expectativas, ninguno que me permitiera una buena actuación o un triunfo de mi equipo, mis deseos más recurrentes. Hasta que di con el gran Ekeko.

Después de una paciente investigación sobre su historia o su leyenda, sobre la que apenas había profundizado tras los relatos iniciales de Cacho, y aprovechando el receso de verano del campeonato, me encaminé a La Paz, hacia su encuentro, convencido de que la oferta abundante de Ekekos en la ciudad que era su cuna y su morada me permitiría comparar para elegir. Hice los últimos kilómetros en burro, la luna hecha pelota en pleno atardecer, repasando en un libro los últimos detalles del mito. Y no hizo falta mucho trajín: llegué justo para la fiesta de la Alasita, 24 de enero. Di de bruces con la multitud de Ekekos, uno y otro y otro y otro, por decenas de miles, todos pitando y reverenciados en la plaza central de la ciudad por gentes que dejaban a sus pies diferentes miniaturas, autitos, casitas, departamentitos, barquitos, billeteritas, niñitos, hombrecitos, mujercitas, en fin, representaciones a escala de cada uno de sus deseos por cumplir. Y entre tantos, él. El gran Ekeko en el jardín, surgiendo sublime

desde la impiadosa humareda de tanto cigarrillo.

Era similar a los otros pero, a mis ojos, distinguido. Tenía pantalón rojo, saco verde, camisa blanca con moño negro, zapatos bien lustrados y, debajo de su típico gorrito colla, el pelo azabache peinado a la gomina. El conjunto, a pesar del colorido tejido que cubría su cabeza, le daba aires de pre-rocker de los 50, estilo Gene Vincent. En su rostro sobresalía el bigotito anchoa, que le ensanchaba levemente el labio superior y le otorgaba a su semblante un matiz de nuevo rico, como el hermano de Evita, aunque –mirado a la distancia, acaso el detalle que terminó por conmovirme-, carecía por completo de jactancia.

Fue amor a primera vista. No recuerdo siquiera su precio: apenas sé que escuché la cifra; saqué, mecánico, un manojo de billetes y se lo di, sin hablar ni ver ni oír, a su escultor o dueño previo. Pasó o quise creer lo siguiente: “Te estaba esperando”, me susurró el Ekeko al primer contacto. Y también: “Que de la mano, de Juan Carlitos, todos la vuelta vamos a dar”, como si se hubiera preocupado de antemano por conocer mi actividad y curarme la inestabilidad anímica, porque en aquellas condiciones no podía llevar de la mano a nadie y mucho menos a un equipo horrible, histórico por su seguidilla de derrotas.

El detalle me llenó de ternura y devoción.

Lo guardé de inmediato en un pequeño estuche que había fabricado con una caja de cigarros Montecristo y restos de cuero y de franela. Cupo justo; la exactitud me produjo una sensación indescriptible de felicidad y justicia, como si se tratara del zapatito de cristal de Cenicienta, aunque debí superar el temor de que el Ekeko lo considerara un ataúd, su cajoncito, y se diera no ya por ofendido sino directamente por muerto, yéndose mi

fe con él. Aun a riesgo de que lo tomara como un gesto de ansiedad, aproveché y le dejé a los pies una pequeña camiseta de mi equipo. Después lo puse con extrema suavidad en el bolsillo interior del saco, el único saco que tengo, al que recorro para las ocasiones especiales como las visitas del plantel al intendente y esas cosas.

Para el regreso no conseguí transporte que admitiera fumadores, y aunque lo consideré una profanación de la liturgia supuse que el gran Ekeko, como sucede en el inicio de las relaciones y sabiendo además de mis gestiones para permitirle su rutina en el largo camino a casa, perdonaría el desliz sin demasiado trámite. A cambio, para matizar esta carencia o anticiparme a otra, me senté en el último asiento y le fui cantando en voz muy baja bagualas y vidalitas mientras le golpeaba dulcemente con los dedos su cajita.

Rita me recibió con la repetida queja acerca de mis ausencias, que si no eran las concentraciones eran los partidos o un viaje andá a saber a dónde, y aparentó celarme cuando, después de pasar un trapo sobre mi mesa de luz, saqué al Ekeko de su estuche. “Otra vez con ese muñeco de mierda”, lo llamó en forma despectiva, también anacrónica o prescripta: habíamos llegado al punto en que ni siquiera los insultos nos dañaban.

Posé al Ekeko en mi mesita, entorné el velador de manera que la luz agigantara su figura hecha sombra en la pared, le hice dos o tres caricias en la cabeza y bajé a la calle. “Compro cigarrillos y vengo”, le avisé. Elegí un paquete de los más caros: nunca fumé, de hecho hasta mi iniciación con los Eekos me molestaban tanto el humo como el olor que dejaba en las ropas, así que deduje que el precio resultaría garantía de calidad y

satisfacción.

Lo que vino en los días siguientes, sin embargo, resultó desesperante: el Ekeko, la primera vez y las sucesivas, apenas daba una o dos pitadas antes de que el cigarrillo fatalmente se apagara. Y lo mismo con las distintas marcas con las que fui intentando. Inclusive probé con marihuana, aun a riesgo de que se riera desencajado de mis deseos y luego, con el bajón, los estimara banalidades. Nada funcionó y qué paradoja: la compra desaforada de distintas clases de tabaco que hice en los kioscos cercanos trascendió entre los vecinos y me valió el apodo de “El Ekeko”, cuya leyenda evidentemente conocían.

Al borde de la desolación y de la locura, un lunes, en otro kiosco perdido, me pareció ver una marca nueva. En efecto: “Los sacaron hoy”, me dijo el pibe que atendía. Los compré sin entusiasmo y llegué a casa. Me tiré en la cama, puse un disco de Spinetta y le prendí uno al Ekeko. Me pareció que este nuevo pucho estaba hecho, como ningún otro, a la medida de su cavidad bucal, pero el detalle no me sorprendió hasta advertir lo siguiente: apagadas las luces del cuarto, el cigarrillo emanaba un brillo indudablemente intermitente y, al mismo tiempo, se escuchaba un ligerísimo pero reconocible ejercicio de respiración.

Prendí el velador y lo confirmé: el Ekeko fumaba, y con la luz encendida se agregaron, la certificación que me hacía falta, no ya una columna única e ininterrumpida de humo sino pequeñas nubes elevándose hacia el techo. Lo mejor: a cada exhalación empezó a corresponder una figura diferente, efímeras esculturas que el Ekeko hacía con el humo moviendo hábilmente su boquita. Un círculo, un ocho, un conejo, un perro, un retrato de Meryl Streep, una naturaleza muerta, una precisa repro-

ducción del Macchu Pichu, en fin, todas manifestaciones artísticas que ponían en evidencia su regocijo y que hubieran hecho sonrojar de vergüenza o ineptitud a los pintores de Montmartre.

A mí también me invadió una alegría desbordante y en la cara del Ekeko advertí un gesto insólito de complicidad. Di volteretas sobre la cama, sobresalté a Rita con los gritos: el mundo era mío. No obstante, que el Ekeko tomara in extremis la decisión de fumar representaba una recomendación que atendí: deseos pequeños, accesibles. De todos modos nunca fui ambicioso en demasía: alguna trampa con una mujer bella, regalos no caros pero sí útiles para mis cumpleaños y las Navidades, algún gol de vez en cuando, esas cosas, nada raro, ni siquiera una transferencia a una institución exitosa o poderosa.

El ritual tuvo lugar entonces cada lunes, porque los días posteriores al partido en el club nos daban franco: llegaba a casa, ponía a Spinetta y le daba uno de estos cigarrillos a mi Ekeko, que tenía predilección por el tema “Espejo en una sombra” y especialmente por el verso “es un Ekeko en una sopa”, al que acompañaba, feliz, entrecerrando sus ojitos y dando una pitada profunda.

El instante alcanzaba para darle total sentido a mi vida y, de hecho, me resultaba aún más placentero que la concreción de los deseos, es decir, que el desarrollo del cumplimiento de esos sueños. En mi cama yo, en la mesa de luz él, cada uno disfrutando de la compañía silenciosa pero incondicional del otro. Y ni hablar cuando ocurría el milagro de que el Ekeko pitara de principio a fin sin que se desprendiera la colilla, gesto que aprendí a interpretar como la oportunidad de contarle mis ilusiones más exageradas. Jamás había tenido una relación similar; ni siquiera

con mi Fitito rojo o mis botines Nike ultralivianos con tapones descartables, a los que de tanto guardarlos para preservarlos de posibles rayaduras terminé convirtiendo en objetos inútiles, enteros sinsentidos.

Esa plenitud personal y privada, que se reflejaba en mi actitud en los entrenamientos, contrastaba con la catástrofe profesional por la que pasaba con mi equipo: ése fue mi gesto de generosidad, compartir las múltiples bondades del Ekeko aun a riesgo de perder mis beneficios particulares.

Así que después de anunciarlo pedí permiso para salir un rato de la concentración el domingo a la mañana, fui hasta mi casa, volví y me aparecí con el Ekeko en el vestuario.

-¿Quién es? ¿Alcides? -preguntó, con malicia, Pommarés, aludiendo al bigotito de mi Ekeko; y el grupo, festivo, arrancó con las estrofas de Violeta.

-La puta que los parió, me lo llevo a casa de nuevo.

-No, pará, Juanca. Dejalo. Total, no perdemos nada –dijo Pommarés.

-Dejalo, dejalo –dijo Timossi-; al menos no me va a mear el bolso.

Limpié una tarima que había quedado de la vez de la virgen-cita y ahí lo puse, mientras el preparador físico nos daba la charla técnica porque al DT lo habían rajado por los malos resultados. Media hora antes del inicio del partido le di su cigarrito, y a la primera pitada captó la atención de los muchachos. Así, supuse, habría de ser el orgullo por un hijo. Se quedaron todos en silencio, sin creer lo que veían: mi Ekeko se fumó el faso en cinco minutos y, aquel milagro del que hablaba anteriormente, la colilla no se desprendió hasta apagarse.

-¡Vamos, carajo! –arengué, sabiendo que el episodio nos habilitaba para pedirle un deseo de verdad relevante, y no sé si los muchachos interpretaron mi grito como parte del ritual, pero se levantaron todos de un salto con expresiones furiosas, repitieron el “¡vamos!” y así salimos a la cancha.

-Perdoname por este abuso, pero bueno. Ya sabés –le dije antes de salir, y a sus pies dejé una pequeña pelotita.

Fue nuestra mejor producción en mucho tiempo y ganamos después de, creo, seis o siete meses. 3 a 0, metí un gol y una asistencia. La fiesta en el vestuario fue un descontrol, una alegría sin precedentes como pusieron en el diario, aunque un poco me enojé cuando al Ekeko me lo bañaron en champán.

-¡Tenemos que bautizarlo! –pidió Pommarés, totalmente desquiciado.

-¡Sí, sí! –se sumó el resto.

Yo nunca había pensando en ponerle un nombre, pero no me pareció mala idea. Era como reafirmar su unicidad, su identidad. Fuimos, en grupo, descartando diferentes opciones. Hasta que alguien sugirió:

-Genaro, como San Genaro, el del Nápoli.

Nos gustó a todos, la ineludible referencia a Maradona, la ilusión de que toda la ciudad se encolumnara detrás de mi Ekeko, ya nuestro Ekeko y, en vez de esperar su sangre licuada, reforzara la fe con cada pitada.

Ahí nomás mojí los dedos en champán, se los pasé suavemente por la frente y le dije: “Yo te bautizo Genaro”. Me pareció verlo sonreír.

El rito, siempre exacto, siguió dando buenos resultados: cada domingo yo salía de la concentración por la mañana, iba a casa,

volvía con Genaro, lo ponía en su tarima, el equipo hacía silencio mientras él fumaba su puchito y salíamos a la cancha después de que cada uno de nosotros le hiciera una caricia mínima en la cabeza. Y en los partidos de visitante hacíamos una parada en casa para que yo levantara al Ekeko. Estuvimos invictos más de 20 fechas. La hinchada supo el motivo de nuestro cambio y colgó una bandera: “El Ekeko y diez más”, y aun sin saber si ese “diez” me refería, fui feliz por mi Ekekito.

Hasta que un domingo, al buscarlo, le advertí un gesto distinto, como lejano. Ya habíamos zafado del descenso, así que supuse que sería el alivio después de lograr el objetivo, esa descarga de tensión que afloja los nervios y te deja exhausto. “¿Qué te pasa, Genaro?”, le pregunté. No respondió.

Dudé, pero igualmente lo llevé al partido. Y en el vestuario fue lo mismo o peor: como había sucedido con todas las marcas iniciales que había probado, el Ekeko apenas si dio una pitadita antes de dejar caer el cigarrillo al piso. Los muchachos no me miraron con bronca sino más bien con miedo, pero yo no supe qué decirles. La escena nos predispuso a la derrota y así pasó, 1-4, pero sin el riesgo de perder la categoría no hubo quejas mayores de la gente.

La tristeza de Genaro se acentuó con el paso de los días, así que por lo pronto dejé de llevarlo a la cancha, tal vez en definitiva no le gustaba el fútbol. Y lo más llamativo: como le sucede al niño con el extraterrestre en el film ET de Spielberg, yo caí en una profunda depresión paralela. Empecé a faltar a los entrenamientos y a los partidos; Rita se fue a lo de su amante; no atendí los llamados de mis compañeros ni las visitas de mis padres y de su amigo Cacho, con algo de culpa por haberme iniciado en

esta cuestión; y ahí quedamos, el gran Ekeko ajándose, consumiéndose como si fuera él un cigarrillo; yo con la barba crecida y un notorio desaseo personal y hogareño, sin importarme siquiera la posibilidad que había surgido de una transferencia al Colo Colo.

Deduje que, como ET en el film, el Ekeko tal vez estuviera extrañando su tierra. La idea me taladró hasta soñar que decía: “Ekeko, teléfono, mi casa”; y también, más adecuado para su rito y su raíz, que en lo que alcanzaba a pitar sus cigarrillos hacía breves señales de humo rogando por su rescate.

Al cabo se lo pregunté sin vueltas:

-¿Querés volver?

La expresión le cambió por completo; primero a felicidad, a plenitud; más tarde a compasión, como queriendo explicarme que no era culpa mía sino, sencillamente, la naturaleza de las cosas. Lo entendí.

Junté mis últimas fuerzas, le pasé a Genaro un esmalte de Rita por las zonas más descoloridas de su cuerpo, lo guardé en su estuche, me bañé, me vestí y emprendimos, juntos, el regreso. Sin bagualas ni vidalitas. El viaje me pareció más largo que el que nos había traído aquella vez de nuestro encuentro, idéntica sensación que me provocaba en la infancia el traslado de vacaciones según se tratara de la ida o de la vuelta, o también el regreso en el micro de un partido de visitante de acuerdo al resultado. Coincidencia: llegamos otra vez para la fiesta de la Alasita, y me pareció reconocer gentes de un año antes que ahora cumplía, como yo, con la tarea de devolver a los Eekos a su morada. No me gustan las despedidas: saqué al Ekeko, lo puse de pie sobre la tierra y le di un empujoncito suave pero firme en

la espalda. “Chau, Genaro”, le dije llorando. Se alejó rápido, y en la carrera por su jardín se le fueron sumando miles de Ekekos igual de ansiosos, todos en la misma dirección, como si siguieran a una especie de flautista de Hamelin, o como si influidos por la experiencia futbolera de mi Ekeko picaran al vacío esperando un pase profundo, preciso, al estilo de Bochini o de Riquelme. Por ir muriéndome al crecer su lejanía quise reaccionar; correr, arrepentido, alocado, detrás de él, agrandando sus huellas con las mías; pero no pude. Así que acá quedé, inmóvil, con el gesto tieso de un abrazo que no di o tal vez daré, el hábito novedoso de un cigarrillo en la boca y un hombre desesperado, vestido con la camiseta de mi equipo, dándome fuego y poniéndome a los pies una miniatura, creo que una pelotita o una medallita o una copita, no alcancé a distinguir ni alcanzo todavía.

El traidor

Qué querés que te diga, para mí Fabio sabía que iba a pasar algo, tuvo un sexto sentido como las minas, porque el domingo no sólo se quedó sino que además jugó, te lo juro, así como te lo cuento, se quedó y jugó, lo que ya de por sí era algo totalmente anormal, extraordinario. Tres o cuatro veces se había quedado a mirar, viste esos que no juegan nunca y vos pensás que son putos pero de repente se quedan a mirar y ya un poco te entra la duda, capaz que no son putos sino troncos, o tipos que se avergüenzan de sus limitaciones, pero bueno, lo que importa es que Fabio no se había quedado nunca a jugar y esta vez sí che, esta vez sí. “Hoy me prendo, muchachos”, avisó, entusiasmado, así como estaba, con los Grimoldi marrones y esas bermudas beige que no se sacaba ni para cagar, y mirá cómo son las cosas que apenas dijo me prendo empezamos a cargarlo, “hoy llueven soretes de punta”, “esta noche el Gordo Jorge la pone sin garpar”, esos vaticinios de cumplimiento irrealizable te diría, pero nunca algo como lo que al final pasó, nunca algo así.

La cosa es que Fabio se enganchó y a nosotros, más allá de la sorpresa y la ansiedad que nos daba por fin verlo jugar al fútbol, nos puso en una situación difícil: siempre éramos diez y esta vez, con él, éramos once. Teníamos que buscar a otro, claro. Nunca

nos gustó la disparidad de cinco contra seis, o de cuatro contra cinco cuando faltaba uno de los diez de siempre, viste esa asimetría que un poco te saca las ganas de jugar, o que te las saca sobre todo si estás en el equipo de mayor número de integrantes, como que jugás sobrando el partido o a media máquina, porque si sos del equipo que tiene uno menos a veces te sale de adentro esa cosa heroica de querer ganar y ahí sí jugás con las mismas ganas o más. Porque además ninguno de nosotros es un crack, de los que juegan por dos, como para meterlo en el equipo de menos sin que se note demasiado la diferencia, así que Fabio se sumó y nosotros nos pusimos a buscar a otro, o más que a buscar a esperar.

Sábado tres de la tarde era, un infierno: no pasaban ni las viejas. Y desde lo de Facundito Amado tampoco podíamos ir a buscar a alguno de los más pendejos, no sé si te acordás de Facundito, pobrecito, que en un partido el verano pasado se le prendió fuego el pelo del calor que hacía. Porque viste lo que es el pelo del pibe, un felpudo de esos que dicen Welcome y ponen en las puertas de las casas, una lana apelmazada, cuestión que a la primera de cambio el Gordo Jorge le tiró un pase largo, Facundito picó y fue como que el pelo le fermentó, no sé cómo decirte, le hizo ignición, y ahí nomás se le incendió el marote entero. Era una locura, algo pirotécnico te diría, hasta atractivo para ver, el pibe-fósforo, la antorcha humana de los Cuatro Fantásticos, y encima con el Gordo corriéndolo de atrás y tratando de apagarlo a los gargajos pero sin reparar en que venía de tomarse un tubo entero de Legui, viste lo que chupa el Gordo, así que imaginate, cada pollo del Gordo provocaba un estruendo seco en el marote de Facundito, un fagonazo, pobre pendejo. Al final

cayó la vieja alertada por los gritos y lo apagó de un baldazo, y enseguida se sumó el viejo Cosme y por las dudas le vació ahí nomás un matafuegos, y aunque quedó en eso, porque Facundito no sufrió mayores consecuencias digamos, en el barrio duraba la calentura y los más pibes ya no venían, no los dejaban.

Así que eso, no pasaban ni las viejas. Por ahí asomó Carlitos, que era rengo pero igual le dijimos y no podía; un rato después adivinamos la silueta de mi viejo que se iba a laburar; y cuando ya habíamos perdido las esperanzas y estábamos para arrancar así, cinco contra seis, un poco puteándolo por lo bajo a Fabio por esta asimetría que provocaba, de la nada apareció un pibito en bicicleta, una Aurorita de esas viejas. De la nada, te digo que de la nada, como una aparición de la Virgen, un espectro, algo insólito, un pibito que no habíamos visto en la puta vida, y si ya había sido raro que Fabio se prendiera ni te cuento este milagro. Lo que te digo, una cadena de hechos increíbles que te los cuentan y te suenan a verso pero no, te lo juro, creeme que es la verdad, la pura verdad. “Eh, pibe, ¿jugás?”, le gritó el Gordo, y el pibe dijo que sí un poco porque el grito del Gordo sonó más a orden que a invitación y otro poco porque se moriría de ganas, claro, a quién carajo no le pasó de pararse a mirar un picadito entre extraños y soñar con que lo invitan y uno la descose. Ahora, voy a ser sincero: que el pibito este estuviera en vaqueros a mí me rompía un poco las pelotas, porque así como no me gusta que seamos desaparejos tampoco me gusta que haya uno en vaqueros, rival o compañero, no importa. No me preguntes por qué, no me gusta, tal vez porque representa alguna cosa como desprecio o soberbia, no sé, no me gusta, así de simple. Pero no estaba para exquisiteces así que no dije nada y me entregué a la división de los equipos.

Eligieron mi hermano Hugo y el Gordo y claro, para lo último quedaron Fabio y el pibito. Le tocaba a mi hermano, que me había elegido y me miró como diciendo qué mierda hago, una duda cruel: Fabio, cuyas cualidades no nos generaban la menor expectativa; o el pibito, que así en vaqueros y todo podía resultar un Maradona, un Caniggia, un Kun Aguero, a veces pasa eso viste, que un total desconocido te termina sacando las papas del fuego. Pero siempre fuimos de la idea de jugar con amigos para ponerlos sin problemas, así que mi hermano lo eligió a Fabio y el pibito quedó para el equipo del Gordo.

En eso estábamos, en pararnos a los lados respectivos del medio de la cancha, cuando empezó esto que te cuento, esta cosa increíble. Primero fue un ruido, un estruendo que venía desde arriba, y cuando te digo un estruendo no sé, imaginate Hiroshima; y al levantar la vista vimos la luz, así, de repente, una luz brillante como ninguna otra, la luz de Sueyro, el sol mismo a 15 metros de nosotros. Era tan insoportable para los oídos y los ojos que terminé deseando tener tres manos, como decía el Gordo, “qué lindo tener tres manos para hacerte una buena paja desplegando el poster de la Playboy”.

De a poco fueron deteniéndose las dos cosas, el ruido y la luz, hasta que por fin pudimos destaparnos las orejas y abrir los ojos. Primero dudamos, te hablo en plural porque todos nos cruzamos miradas incrédulas, y yo inclusive me restregué los ojos ante la posibilidad de que lo que estaba viendo fuera una alucinación, un efecto secundario de la fuerza con la que había apretado los párpados. Pero no, no, nada que ver. Era real, era real: ahí, en el medio de la canchita de la esquina, en el potrero, se había estacionado una nave espacial, un ovni, un vehículo de otro planeta,

y si te digo con certeza que se trataba de una nave espacial es sólo por lo que sucedió después, que si me apurabas en ese momento te habría dicho que era una Estanciera, un poco más grande quizás, con ruedas especiales si querés, pero te juro que parecía una Estanciera, o la Antigualla de Matthew y sus pandilleros de Los Autos Locos.

Ni siquiera tuvimos tiempo de pensar qué estaba pasando cuando se abrió una puerta, la que en una Estanciera sería la puerta del acompañante, y desde una especie de rampita que se fue desplegando hasta tocar el suelo bajó una criatura, no sé cómo decirte, un ente, un engendro mutante, evidentemente un ser de otro planeta, una cosa amorfa por donde la vieras, gelatinosa, nada que ver con nuestra conformación corporal, ¿entendés?, metro 30 ponele, de color rosa pálido. Me cagué en las patas, qué querés qué te diga, me cagué en las patas, más allá de que su aspecto me resultara repugnante antes que temerario. Somos boleta, pensé, porque además desde adentro de la Estanciera se escuchaba una manifestación, las voces de una multitud, lo que ponía en evidencia que este engendro no estaba solo. Andá a saber en ese momento cuántos eran, si cien, mil, un millón doscientos, capaz que así gelatinosos como eran podían acomodar sus cuerpos a las limitaciones geométricas de la Estanciera. Lo vi llorar al Gordo Jorge y con mi hermano nos cruzamos una mirada como de despedida. Cuando esperaba el tiro letal, un disparo, la invasión final, un rayo láser que, sin más, me desintegrara para toda la cosecha; escuché su voz de pito, al estilo Chicho Serna:

-Hay equipo –dijo el engendro.

Se hizo un silencio de, no sé, diez segundos, y después lo miramos todos de tal manera que el tipo este adivinó nuestra sor-

presa, el estupor general.

-Sí, hay equipo –insistió desde una boca colocada a media altura de su masa corporal y que sólo se le veía cuando hablaba. Ni venimos en son de paz ni rindansé terrícolas ni ninguna de esas pelotudeces que uno se imagina para encuentros de este tipo, que uno se las imagina siempre en perfecto español, por eso te digo que la sorpresa no era por su idioma sino por su propuesta. Hay equipo dijo con cierto atrevimiento, casi provocándonos te diría, un Chicho Serna intergaláctico y patotero desafiándonos en el potrero de la esquina, hay equipo che, como si veraneara en el balneario Almejas de San Clemente y quisiera copar con una formación indestructible la canchita de voley playero.

-Perdón, don –le preguntó el Gordo Jorge, respetuoso pero firme, con cierto enojo-. ¿Usted nos está cargando? ¿Equipo de qué hay?

-De fútbol, hay equipo de fútbol –respondió el ente, y ahí mismo, en efecto, desde la rampita que salía de la Estanciera empezaron a bajar sus compañeros, de a uno y en fila india, con una expresión de alegría en lo que, supongo, serían sus ojos, que parecía que estuvieran saliendo desde el túnel de la mismísima Bombonera, o del Monumental. Yo qué sé: viste que Boca se va a China, el Real Madrid se va a Corea, capaz que estos tipos habrían corrido un poco más las fronteras universales para encarar una gira interplanetaria, andá a saber qué mierda. La cosa es que ahí estaban. Se movían rítmicamente y, lo mismo que les sucedía con la boca, los pies aparecían y se ocultaban según fueran cumpliendo con los sucesivos pasos. Deduje que recurrirían o descubrirían sus diferentes componentes anatómicos sólo en función de las necesidades y me pregunté si, en caso de aceptar el reto que nos

hacían, eso no representaría una dificultad para la interpretación del reglamento.

Nos miramos entre todos. ¿Por qué no?, soltó al fin mi hermano, ya un poco caliente por la provocación de este muchacho, así que el Gordo dijo:

-Muy bien, don, hay equipo.

Atento a la duda que yo me había planteado y después compartí sobre su conformación física, el Gordo le fue preguntando diferentes aspectos del juego para verificar que se rigieran por las mismas normas que nosotros, como de hecho lo hacían, hasta desembocar en la ilegalidad de los goles con la mano.

-¿Para ustedes valen? –preguntó el Gordo.

-No.

-Perfecto, ¿pero dónde mierda tienen las manos ustedes? –dijo el Gordo, ya incluyendo la palabra “mierda” para empezar a intimidarlos un poquito.

El engendro dejó asomar entonces dos breves protuberancias de los lados más angostos de su cuerpo, manos parecidas a las nuestras pero con ocho o nueve dedos y brazos muy cortitos, lo que nos alcanzó como respuesta. Pensé en la ventaja que sería para nosotros que el arquero de ellos tuviera los brazos tan cortitos, ya estaba por proponerles a los muchachos que probaran desde lejos, pero me contuve: tal vez el arquero tuviera la capacidad para estirar sus brazos según recomendara la exigencia del remate.

-Muy bien, ¿dos tiempos de 20? –preguntó el Gordo.

-A diez goles –respondió la criatura.

-¿Por el pancho y la coca?

-Por el honor. Y una cosa más –dijo el engendro antes de

arrancar.

-Sí, don –dijo el Gordo.

-¿Ustedes cuántos son?

El Gordo iba a responderle diez, por la costumbre, pero recordó la presencia inédita de Fabio y el pibito de vaqueros y le dijo:

-Doce somos, doce.

-Nosotros somos diez, nos tendrían que dar uno –cerró el engendro, amparado en la justicia universal del fútbol y en nuestra propia ley de simetría.

Tenía razón, tenía razón. Uno de nosotros tenía que pasar, así que el Gordo no anduvo con vueltas: “Pibe”, lo miró. Y fue en ese momento, cuando el pibe ya se encaminaba hacia el otro lado de la cancha, que saltó Fabio y dijo:

-No, pibe, dejá. Paso yo.

Paso yo, dijo Fabio, y al alejarse levantó la mano como callándonos antes de que alguno manifestara una opinión en contra. Las criaturas lo recibieron como a un Dios, no sabés, le hacían reverencias, se inclinaban a su paso; y yo me quedé pensando por qué hacía el sacrificio, pero no llegué a conclusiones convincentes. Así que con Fabio para los engendros, el pibito para nosotros y la utilización del potrero entero, diseñamos la estrategia y replanteamos algunas posiciones: no estábamos habituados a jugar en cancha grande.

Aunque eso en principio nos pareció una desventaja, porque vos sabés bien que el papi y el fútbol de 11 son deportes te diría que diferentes, la duda nos duró minuto, minuto y medio, que fue lo que, luego de iniciado el partido, nos llevó comprobar las cualidades del rival: eran horribles, qué digo horribles, eran unos muertos, no podían dar dos pases seguidos, se caían al menor

contacto con la pelota y ni te cuento cuando les metíamos cuerpo, que rodaban varios metros y dejaban como una estela rosada de gelatina, no sé si todo por esto de su anatomía o porque no les favorecían las condiciones atmosféricas, no sé, no sé. Son dudas que nos quedaron, mil dudas nos quedaron, fijate que pasó el domingo, es reciente, tal vez con el tiempo sepamos algo más. La cosa es que eran horribles. ¡Y lo que se puteaban! “Tocala, la reconcha vetusta de tu putísima madre”, “Dame una redonda, hijo de una nave nodriza llena de putas venusinas”, “Metete un asteroide hirviendo bien en el orto”, cosas por el estilo, irreproducibles, todas dichas en el mismo tono Chicho Serna que compartían.

A los cinco minutos les ganábamos 8 a 0, y si tardamos cinco minutos más en hacerles los dos goles restantes fue por piedad, por compasión, que los códigos del fútbol han de ser iguales en toda la vía láctea. El pibito de vaqueros no resultó un nuevo Maradona pero no desentonó, de hecho creo que metió uno de los goles, y Fabio, pobrecito, no pudo hacer demasiado: un par de pases correctos, un tiro que se fue cerca, lo que de todos modos le alcanzó para ser claramente el mejor de los engendros, cinco o seis puntos digamos.

Cuando les hicimos el décimo gol y terminó el partido las criaturas se juntaron en el medio de la cancha, hicieron una especie de haka mirándonos a los ojos como los All Blacks, el líder nos dijo “gracias, muchachos, ya vendremos por la revancha” y se subieron todos a su nave galáctica, todavía puteándose unos a otros por el flojo desempeño exhibido en el encuentro.

Ahí, justo ahí, cuando les costaba arrancar la Estanciera y el líder se bajó para dar un par de golpes en el motor, y mientras

nosotros ya empezábamos a armar otro picado, el picado original y respetando la formación ya decidida de los equipos, porque fijate que ni siquiera nos habíamos cansado, Fabio se despegó un par de pasos del grupo y le gritó:

-¡Ey!

-¿Sí? –se sorprendió el ente.

Fabio nos miró durante cinco o seis segundos, giró la cabeza y soltó:

-¿Me puedo ir con ustedes?

El engendro dudó y miró a sus compañeros, que sacaban la mitad de sus cuerpos por las ventanillas de la nave. Todos repitieron aquella expresión de alegría en los ojos que habían mostrado al bajarse, tal vez el entusiasmo que les daba la posibilidad de que Fabio se les uniera y siguiera no ya formando parte de su equipo, sino, como había sucedido, siendo la figura indiscutible, la carta ganadora en compromisos futuros, andá a saber qué carajo pensaron.

Así que después de verificar la aprobación de sus amigos, y ya con la Estanciera en marcha, el inicio del estruendo, la criatura dijo Si, claro, encantados de que vengas con nosotros, y ahí se fue Fabio che, ahí se fue, te diría con cierto color rosado en la cara, inclusive me pareció que en el andar su estructura corporal se iba modificando, chau dijo nomás, chau muchachos, así que mirá vos: tal vez no era puto ni tronco sino un engendro mutante como estos, que lo dejaron en la Tierra hace mil años y ahora vinieron a rescatarlo. Se fue el hijo de puta, después de prenderse al partido, de obligarnos a armar todo, se fue y nos dejó con 11. ¿Y qué íbamos a hacer? ¿Decirle al pibito que se las tomara? No, viejo. Hay cosas que no se hacen. No se hacen.

Pafundi

Yo he visto jugadores malos en mi vida, señor, malos con todas las letras, troncos ajusticiados por la tribuna con gritos tales como “engendro mutante” o “muerto, doná los órganos” o, en esas canchas peladas, “burro rajá de acá que ya te comiste el pasto”, verdaderos perros que llegaban a Primera sin más argumento que el de ser hijos de un dirigente o de algún político o de padres acomodados, con dinero para sostenerle la carrera coimeando a los técnicos corruptos. Hace medio siglo que voy a la cancha, 50 años, mire si habré visto troncos en mi vida. De toda clase. No sé, así de repente me acuerdo de Ranessi, por ejemplo, ¿usted se acuerda?, un muchacho que según se decía en la tribuna era ahijado de un puntero peronista y jugó en el Esportivo a pesar de que tenía una malformación en el pie izquierdo, o mejor dicho en el que debía ser el pie izquierdo, porque la malformación, justamente, se lo había convertido en algo así como otro pie derecho. Sí, señor, Ranessi tenía dos pies derechos, un caso único, de nacimiento decían en la tribuna, ambos con el dedo gordo a la izquierda y la pendiente hacia un mismo costado, el derecho, de modo que, parado, Ranessi parecía la torre de Pisa. Cuando lo veía, a uno le venían ganas de estirar los brazos porque daba la sensación de que en cualquier momento se iba a

cagar de un golpe. “¡Ranessi, te afanaron la pared!”, le gritaban los hijos de puta cuando pasaban con sus autos por la calle, como si Ranessi no estuviese ya apoyado en la pared sino, sin advertirlo, en su recuerdo, porque en efecto eso parecía, aunque yo nunca estuve de acuerdo en hacer bromas sobre las desgracias ajenas. Al cabo el tipo era un anormal, ¿me entiende? Imáginese los problemas de Ranessi para levantarse una mina en la milonga. Cabecear no podría, me imagino, porque un leve movimiento pondría en riesgo su frágil estabilidad. ¿Sabe qué vergüenza para Ranessi cabecearle a una mina y terminar estrochado contra el suelo? Y de bailar ni hablemos, salvo que pudiera disimular en esos ritmos donde las parejas van precisamente como inclinadas para pasar por debajo de una especie de túnel formado por los brazos de otras parejas. Además, tener dos patas iguales debe ser bastante caro, porque el tipo tendría que comprarse dos pares de zapatos para usar sólo uno, o en realidad dos mitades, y tirar el resto, porque ni para un regalo le serviría. ¿Quién carajo va a tener dos pies izquierdos, encima con la rareza que suelen ser los zurdos? En la cancha ya era otra cosa, porque su presencia resultaba una injusticia. Claro, en el vértigo de un partido, con la misma inclinación en los dos pies y sin pausas para hacer el equilibrio que, por ejemplo, sí hacía para caminar en su vida normal (aunque dejara la impresión de ir todo el tiempo por el cordón de la vereda), al tipo sólo le salía correr en círculos, o dar vueltas como los perros antes de echarse si el acoso de un rival no le permitía el tranco largo. Recuerdo el día que lo vi debutar: “Me parece que este es un calesitero”, le dije a mi amigo Juan. ¡Cómo mierda me iba a imaginar que el tipo tenía ese problema en las patas! “Compás” Ranessi, le había puesto el

uruguayo Taberna, un relator de aquella época. Al final, a Ranessi le habían encontrado una función específica: pateaba los corners desde el costado izquierdo del ataque del Esportivo y los tiros libres desde el derecho, a la altura de la medialuna. Ranessi tomaba carrera como los que patean los penales en el rugby, ¿vivo?, y medía su carrera semicircular para llegar justo a la pelota. Es decir, ponía la pelota y comenzaba a caminar hacia atrás, cuidadosa e inclinadamente, para volver luego por el mismo surco, ejercicio que por el declive similar de sus dos pies le salía casi perfecto. Además, en algunas ocasiones, le daba buena comba. Pero tampoco duró mucho: la mayoría de las veces dudaba con cuál de los dos pies derechos pegarle, porque el tipo era derecho pero no sabía de qué derecha (tal vez fuera un problema en el cerebro, como si tuviera chanfleados también los hemisferios), y el tiro se le iba a la tribuna o a la calle, porque entonces la cancha del Esportivo carecía de cabeceras, con lo que el padrino peronista de Ranessi debía pasar más tarde por el club y reponer las pelotas perdidas, tres o cuatro por fecha, según decían algo estipulado en el contrato.

O me puedo acordar de otro, así, rápidamente, Palomba, sí, el Peluca Palomba, un 5 del Atlético que duró los cuatro partidos que duró el “Cachón” Isidoro Roa como técnico, indudablemente ahí había tongo o algo, porque era evidente que a Palomba le fallaba el mate: dos por tres, en el medio del partido, agarraba la pelota con las manos, la escondía debajo de la camiseta y se acariciaba esa panza repentina, absolutamente convencido de que estaba embarazado. Se lo juro, señor: lo he visto en el medio de la cancha tomando la mano del árbitro y guiarla hasta su panza, o su preñez, pobre Palomba, poniendo luego sus dos

manos encima y llorando de la emoción, como esperando que pateara, mire el contrasentido de esperar que patee una pelota. O como si pensara que el árbitro mismo fuera el padre de la criatura, eso sí con cierta lógica, porque los árbitros se creen los dueños de la pelota desde el momento en que salen a la cancha llevándola bajo el brazo con la custodia de los vigilantes de los jueces de línea. Ese que vi fue el último partido de la corta carrera de Palomba, y al final no sé si terminó en el Borda o en el Moyano. Si me pregunta, yo lo habría llevado al Moyano: siempre entendí que es mejor tratar a los locos por lo que creen ser y no por lo que son, que ha de ser más fácil curarlos desde adentro, ¿me entiende?, montando la escenografía de su patología.

Pero bueno, no importa. Le venía contando, entonces, que jugadores malos o increíbles como Ranessi o Palomba he visto cientos, hasta miles le diría si me apura, pero ninguno, ninguno le digo, como Pafundi. No señor, ninguno como Pafundi. ¡Qué malo era Pafundi, por Dios! Y ni siquiera contaba con la excusa de tener dos pies derechos o de suponerse encinta. No. Pafundi tenía un pie derecho y otro izquierdo, aunque si me pregunta cuál de los dos manejaba mejor tendré que decirle que ninguno, y a juzgar por algunos reportajes que escuché la cabeza le funcionaba normalmente. No le hablo de entrevistas que haya leído porque usted sabe, los periodistas gráficos suelen modificar las declaraciones de sus entrevistados. Yo me di cuenta en una nota al Moncho Mastinga. “Si la naturaleza fuera sabia, los plátanos no esparcirían su semilla en mi terraza de concreto, donde no tienen la más mínima posibilidad de reproducirse”, decía Mastinga en la nota a cuento de no sé qué pregunta del periodista. Primero desconfié del término “concreto”. Después, cuan-

do esa misma desconfianza me llevó a analizar el pensamiento entero, me di cuenta de que todo era inventado, no porque me sorprendiera la profundidad o la ironía, sino porque se trataba del mismísimo Mastinga, un delantero que, me consta, pensaba cuatro o cinco minutos para recordar su propio nombre. “Muevo yo, eh..., eh...”, dudó una vez en un programa de TV en el que la presentación del partido transmitido era cedida, precisamente, al jugador que daba el puntapié inicial. Pafundi, en cambio, ya le digo por las entrevistas que escuché, no tenía grandes inconvenientes en el mate, ni de locura como la de Palomba ni de esa “cortura” extrema de Mastinga. Y en el resto del cuerpo, o al menos en lo que estaba a la vista, tampoco parecía tener otro defecto más que su fealdad, eso sí, porque encima de malo Pafundi era más feo que la mierda. Así era Pafundi en síntesis, malo y feo como la mierda, horrible podría decirle para usar un adjetivo que pueda entenderse desde cualquiera de sus dos acepciones, o al menos desde cualquiera de sus dos acepciones futboleras.

Lo raro del caso es que no jugaba por favores ni parentescos ni amistades ni coimas familiares, no, nada que ver. Pafundi jugaba..., no sé, no encuentro explicación. Todo un campeonato jugó, cuando en el Olímpico estaba de técnico López, el Cíclope como lo habían apodado los rebuscados, como si con Tuerto no les alcanzara. Y no me diga que ahí está la explicación de la presencia de Pafundi, en que el entrenador tenía un ojo de vidrio, porque juzgar la capacidad de un futbolista no es tarea para la que se requieran los dos ojos. Puedo aceptarle que a López se le complicaba cuando el juego se desarrollaba a su izquierda, que era el costado de la cara en el que tenía el ojo de

vidrio, y más en esas canchas donde el banco está abajo, metido como en una zanja, y se le ponía difícil la movilidad. “Contame, contame”, solía pedirle a algún suplente. Pero no que no pudiera hacer un análisis objetivo del rendimiento de Pafundi. Se lo digo porque, en la investigación que hice para entender la presencia de Pafundi en una cancha, investigación que, por cierto, no me llevó nunca a ningún lado, me tomé el trabajo de probar si la respuesta era efectivamente que López tuviera un solo ojo: una tarde me puse un parche en el ojo izquierdo, a la gente que me preguntaba en la tribuna le inventaba que me lo había lastimado, y no resultó que a Pafundi lo viera la mitad de malo que de costumbre. No señor, nada que ver. Pafundi jugó igual de horrible que siempre, una patada en los huevos si me permite, o un dolor para la vista que ni siquiera pude repartir entre los dos ojos, porque en el izquierdo tenía el parche bendito. Por eso le digo que el ojo de vidrio del Cíclope López no es la respuesta para explicar que Pafundi jugara en el Olímpico.

Delantero, era Pafundi. Para colmo. Usted sabe, en el ataque y en el arco son los dos lugares donde más se advierten los defectos de los futbolistas. Hasta se exageran, mire. Porque si Pafundi hubiera jugado, no sé, pongámosle de 4, tal vez lo suyo no hubiera sido para tanto. Pero no: Pafundi eligió la 9. Encima ambicioso, este hijo de puta. Y el tipo engañaba, le digo. Las medias bajas, la camiseta por afuera del pantalón, pinta de reo, las lengüetas de los botines como salidas hacia afuera. Para los que no lo conocían, hasta la fealdad servía para suponerlo un crack, o al menos un goleador respetable, porque un carilindo vio que siempre genera cierta desconfianza, como si en un mismo tipo fuera demasiado la coincidencia de belleza y talento

deportivo. Pero bueno, en cinco minutos de partido Pafundi se descubriría. Qué digo en cinco minutos, en segundos se descubriría, sobre todo en los partidos que le tocaba ejecutar el saque de inicio, porque ni siquiera ese pase de complejidad mínima le salía correctamente. Tan malo era que logró que los hinchas del Olímpico extrañaran a delanteros como Guillermito Milla o el Epi Torres, una dupla que había generado un acalorado debate nacional sobre la conveniencia de que jugaran juntos, no porque tuvieran características demasiado parecidas y se chocaran en el área, no, sino por la sospecha de que Milla y Torres, juntos, representaban una severa desventaja para el Olímpico. “Hoy salimos con nueve”, era el comentario más liviano de los hinchas cada vez que Milla y Torres eran confirmados en la formación titular. Así que mire usted, hasta a estos tipos hacía extrañar Pafundi.

Yo podría enumerarle goles perdidos, jugadas groseramente desperdiciadas después de un interesante movimiento colectivo del resto del equipo, tropezones, pifiadas, penales provocados cuando tomaba la desacertada decisión de ayudar a su defensa en algún córner, desplantes de los rivales cuando pretendía cambiar la camiseta luego de un partido, desplantes de los compañeros cuando quería hablar con alguno antes del inicio del segundo tiempo, vio que ahí se arman como pequeñas reuniones de distintos grupos del equipo para refrescar algunos conceptos con peligro de olvidarse, ridiculeces tales como laterales mal sacados o pases errados a medio metro de distancia como ya le conté que hacía en los saques de inicio de los partidos, récords de orsais en un encuentro, saltos patéticos hacia ningún lado hasta para evitar el cabezazo por miedo a la pelota, no sé, miles

de cosas, así, sin pensar demasiado, que si hubiera seguido su carrera con detalladas anotaciones de todas sus cagadas hoy sería mucho más lapidario, sí señor, porque podría ser mucho más lapidario que esto de afirmar que fue el peor jugador que vi en mi vida. Pero le voy a contar una, con una sola jugada me alcanza, para que vea lo malo que era. Y no creo siquiera que haya sido su peor jugada, pero sí lo suficientemente grosera para que dimensione las cualidades de Pafundi: fue promediando aquel único campeonato que jugó, en un partido en Corrientes contra el Sportivo Salpicré. El Escubi Coccolillo, un diez talentoso pero bastante vago, recibió la pelota sobre el lateral derecho, en el medio de la cancha, justo donde daba la sombra de un paraíso. Todo el movimiento que había hecho Coccolillo durante el partido había sido, justamente, el de correrse al ritmo de la sombra según iba cayendo el sol. Esa vez, mire usted, en lugar de tirar el pase largo eligió adelantarse con la pelota dominada, tal vez motivado por cierta lejanía de los defensores adversarios y el paso coincidente de una nube de las grandes. Lo que hizo el Escubi en esos 35, 40 metros hasta llegar al arco del Salpicré fue una delicia, señor, se lo juro, porque dejó en el camino a dos defensores y al arquero con sutiles quiebres de cintura, amagues salidos del manual de las estafas, un lujo. La coronó mal: en lugar de hacer el gol, dejó la pelota mansa a menos de un metro de la línea, servida para Pafundi, no me pregunte por qué tuvo ese gesto con Pafundi porque no tengo la menor idea, y Pafundi... Pafundi lo erró, sí, se lo juro, se erró el gol así, sin arquero, con el arco enteramente libre, sin sol de frente, nada. Lo erró. Pafundi le quiso dar suave con el empuje del pie derecho y evidentemente calculó para el culo, porque pisó la pelota,

la trajo hacia atrás con el mismo pie cuando intentó corregir el tiro, tropezó, tambaleó torpemente como una marioneta cuando le afloja el hilo y finalmente se estroló de trompa contra el piso, golpe certificado por una mancha de cal en la frente que tenía al levantarse. Después ni tuvo tiempo de pedir perdón, porque al menos a veces hacía eso Pafundi, pedía perdón por las cagadas más groseras: Coccolillo se acercó y le metió una piña tremenda en el medio de la cara, agresión que le valió la tarjeta roja y dejó al Olímpico con diez y con Pafundi medio boleado, en este caso una bendición para el equipo, porque así medio boleado Pafundi no mostró tanto interés en participar del juego.

Fue así como se lo cuento, señor, ni un detalle más ni un detalle menos. A tal punto resultó desafortunada aquella jugada de Pafundi, que al día siguiente “La voz del fútbol”, un diario que era la biblia de los hinchas del Olímpico, tituló: “Pafundi, pegate un tiro en las bolas”. Así nomás: “Pafundi, pegate un tiro en las bolas”, con letra gigante y en la primera plana, algo raro en “La voz del fútbol”, porque siempre mantuvieron una línea editorial muy sobria, muy seria. Pero se ve que Pafundi les llenó las pelotas, como a todos.

Después de aquel partido en Corrientes, Pafundi jugó las ocho o nueve fechas que quedaron hasta el final, porque el Cíclope López murió en la suya. “Pafundi y diez más”, respondía el DT cada vez que los periodistas partidarios lo consultaban sobre la formación para el encuentro siguiente con la esperanza de que Pafundi fuera si no desterrado, al menos marginado al banco de relevos, donde tal vez pudiera serle más útil al entrenador relatándole las circunstancias del juego inaccesibles para su ojo de vidrio. Pero ni siquiera, señor, ni siquiera. Porque en

efecto López cambiaba hasta al arquero, pero Pafundi seguía ahí, firme con la 9 en el ataque del Olímpico. Sin embargo, y mire qué curioso, durante esas ocho o nueve fechas que restaron hasta el final del campeonato Pafundi pasó a ser casi un personaje simpático, casi popular le diría, como si aquel episodio en Corrientes hubiese colmado el vaso de la paciencia, pero también del enojo, y la gente tomara entonces con cierto agrado el recurso de la resignación. Sin chances de pelear el título, pero tampoco con riesgos de descender, es decir en esa medianía donde ya no quedan desafíos ni motivaciones, los hinchas del Olímpico usaron el final del campeonato para divertirse con Pafundi. De a cientos iban a la cancha, familias enteras, una convocatoria pocas veces vista en la cancha del Olímpico, solamente para divertirse con las macanas de Pafundi, a esa altura inofensivas porque ya le digo que el equipo no se jugaba nada, sobre todo después del partido contra el Bochum de Domingo, cuando Pafundi enfrentó a un defensor con la pelota dominada y tiró una bicicleta, ¿vivo?, esa jugada en la que se engancha la pelota con el taco de un pie y el empeine del otro para pasarla por arriba de la cabeza propia y la del contrario, y en vez de la pelota Pafundi se enganchó un botín sin darse cuenta, se ve que tampoco se los ataba muy bien que digamos, lo agarró de volea con la pata descalza y lo mandó a la mismísima mierda, mientras su equipo ya se debatía en el fondo para que el Bochum no le marcara un gol con la pelota verdadera y los hinchas se cagaban de la risa.

Al final del campeonato los dirigentes se plantearon la necesidad de hacer una campaña respetable al año siguiente y cesaron entre varios otros al Cíclope López y a Pafundi, aunque

PAFUNDI

ya le digo, la simpatía despertada en los últimos ocho o nueve partidos de su carrera le sirvió a Pafundi para sentarse a negociar con la Comisión y a cambio del final de su contrato le dieron la concesión del puesto de panchos de la cancha. Yo lo vi hace poco, porque fui a visitar a unos amigos y de paso me di una vuelta por la cancha del Olímpico. “Aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir, los panchos de Pafundi que ya van a venir”, le cantaban los hinchas a Pafundi, más seguros del vaticinio que si se tratara de goles. Y Pafundi saludaba mientras, en efecto, feliz de por fin cumplir, iba cargando la bandeja de panchos junto con los potes de mostaza y mayonesa, siempre los dos mismos potes con el truco de las puntas secas para que la gente se cansara en el esfuerzo de sacudir y darle y darle y decidiera finalmente comerse el pancho así, pelado, económico, sin ketchup siquiera, porque ketchup Pafundi no tenía.

*Cuento publicado en la antología **De Puntín**, libro fundacional de Ediciones Al Arco.*

El entierro

Colgado del aparejo, y debajo la fosa como fauces, el cajón del Toba se columpiaba con insistencia por el viento que atravesaba el cementerio. Estaba solo: el caótico armado del cortejo, los desacuerdos sobre los lugares por los que debía sucederse el homenaje, desembocó en la llegada anticipada del coche con el féretro. Sin la presencia de familiares o amigos, los sepultureros, que ya desde temprano tenían preparado el pozo y las montañas de tierra con que volverían a taparlo, pudieron obviar sutilezas cuando alistaron al Toba en el dispositivo desde donde haría su viaje al color final, una caída suave, sostenida por las poleas, hasta el fondo. Cumplida la primera etapa del trabajo, dejaron las palas ahí y se retiraron a tomar mate a las puertas de una casilla.

-Qué poco muerto che, ni de hambre ya –le dijo uno a otro.

-Ajá, dos nomás –asintió el segundo, acomodando el taburete.

Uno era el Toba, segunda línea de la barra de Estudiantes.

Más de media hora después llegaron todos, unos veinte, veinticinco, todavía discutiendo por el lastimoso derrotero que les impidió hacerle el aguante al amigo muerto, algunos hasta con signos de pelea. La imponencia del cementerio los fue callando

de a poco y el Pipi Vargas, referente del grupo, los guió en el camino al Toba. Formaron un semicírculo en silencio mientras el viento los obligaba a sostenerse los gorros, las bufandas, las banderas. El cajón seguía hamacándose y rechinaba el roce de las sogas con la madera.

Los sepultureros mateaban en la puerta de la casilla y los miraban.

Los amigos del Toba se mantuvieron callados unos momentos más, en señal de respeto, y luego el Pipi Vargas recordó la foja de servicios del compañero, héroe de mil batallas, defensor de los trapos a la hora de las emboscadas, repartidor servicial de las entradas de favor y esta caída deshonrosa: atragantado con un sánguche como Case Elliot, “la de The Mamas and The Papas”, explicó Vargas ante la muy posible ignorancia del resto.

-Pero esa gorda murió de un infarto –corrigió, informado, Salamida.

-Derribar los mitos no te hace más sabio sino lo contrario –cortó el Pipi.

-Como vos digas, Naroski –cerró Salamida, que no quería otra pelea.

Así había caído el Toba en el bar El Indomable, cita obligada a la salida de la cancha. Tenía hambre de tanto porro en la tribuna y apuró el trámite con un especial francés de cantimpalo y queso. Cuando empezó a boquear ya era tarde y ni siquiera alcanzaron los esfuerzos de Potoco, su gran compinche, que apenas advirtió que el Toba se moría atragantado lo tomó de atrás, lo rodeó con sus brazos a la altura de la panza y lo sacu-

dió con cierta obscenidad unas cuantas veces para que expulsara el bocado atravesado, letal.

El movimiento, su cadencia, provocó gritos en la parroquia:

-¡Dale bomba que le gusta!

-¡Potoco, parecés un perro alzado!

Todo entre carcajadas desmedidas y golpes en las mesas.

No hubo caso. A Potoco se le desparramaron los 60 kilos del Toba, ya muerto, y lo sostuvo trabajosamente de las axilas hasta dejarlo yaciente sobre el piso. El bar hizo silencio y luego ocurrió el velorio ahí en La Plata, de esa noche del domingo hasta la mañana del lunes, cuando finalizó el desfile de visitas, dirigentes, jugadores, y quedaron los veinte, veinticinco del cortejo.

El clima se calentó cuando Potoco impidió que Salamida, bajo el argumento de que era nueva y resultaba un desperdicio, intentara sacarle la camiseta de Estudiantes al Toba antes de que cerraran el cajón.

Después estalló:

-Bueno, pasamos por la cancha y vamos a lo de los viejos –avisó Potoco.

-Pero la casa de los viejos del Toba es en Ituzaingó. Y mirá el calor de cagarse que hace. Va a llegar podrido –se opuso Salamida.

-Era su deseo.

-Qué deseo ni deseo, vos querés morfarte a la hermana.

-No te permito –cortó Potoco, y ahí fue la batahola, mientras el chofer del coche que llevaba el féretro decidió hacerla fácil y rumbeó al cementerio.

Cuando los menos combativos lograron darle fin a la pelea, Potoco advirtió la partida abrupta del amigo fallecido.

-¿Y el Toba?

Se miraron unos a otros, encogiéndose de hombros. Ahí nomás se subieron todos al camión de Salamida y, manejando la posibilidad de un robo, hasta de un secuestro, recorrieron con desesperación los lugares que el Toba solía frecuentar, el bar, la esquina habitual, la fábrica de tapitas de goma donde de vez en cuando trabajaba; inclusive pasaron por algunos cajeros electrónicos ante la opción de que fuera la modalidad de un secuestro exprés y, sin advertir su condición, los chorros quisieran obligarlo a sacar plata con la tarjeta, lo que hubiese sido un fracaso aun con el Toba vivo.

-¿Lo vieron al Toba? –iba preguntando Potoco. Como respuesta recibía miradas de incrédulas a sospechantes, porque la noticia de que el Toba estaba muerto ya había trascendido por la ciudad entera.

Hasta que sonó su celular.

-¿Señor Potoco?

-Sí.

-Le habla García, de la cochería. Me avisa el chofer del auto fúnebre que ya está en el cementerio. Pregunta si procede al entierro.

-Dígale que aguante que vamos para allá.

Y fueron.

El Toba seguía bamboleándose en su último viaje. Ante la amenaza de que el ataúd partiera en vuelo libre, y habilitado después de las sentidas palabras de Vargas, Potoco apuró el rito tribunero antes de que llegara el sacerdote: “¡Estudión!”, gritó.

EL ENTIERRO

Tomó una de las palas del piso y marcó el compás golpeándola contra la lápida de una tumba aledaña. Los otros siguieron, “¡Estudión!”, saltando, abrazándose, agitando las banderas ante las miradas de los dos sepultureros, que se miraban y se decían no con la cabeza.

Y también: “¡Se mueve paaaaara acá, se mueve paaaaara allá!”, lo mismo abrazados, acompañando el frenético bamboleo del cajón y dejando en el olvido las rencillas internas ocurridas previamente.

Luego de un apretado popurrí de canciones de tablón volvieron a callarse, la mayoría llorando, todos a la espera del sacerdote, que no llegaba.

-¡Eh, ¿y el cura?! –les gritó Salamida, impaciente, a los sepultureros.

-Pará que lo llamamos por el interno –dijo uno.

Tardó un instante en entrar a la casilla, cumplir el trámite y salir:

-Dice que ya viene.

A los pocos minutos el cura salió de la capilla del cementerio y enfiló hacia el grupo. Se acercó a paso cansino, agarrado al obituario como si fuera un ancla, con el viento enredándole la sotana entre las piernas y volándole los pocos pelos de la cabeza.

Al llegar se acomodó los anteojos y los miró uno por uno:

-¿San Martín de Tucumán, Unión de Santa Fe, Talleres de Remedios de Escalada? –preguntó, amistoso-. ¿Sunderland, PSV Eindhoven? –exageró.

-Estudiantes, padre. Estudiantes –le dijo Vargas con cierto fastidio.

-¡Ah, Estudiantes! Es verdad, qué distraído... –cerró el cura.

Se paró sin más trámite frente al cajón, lo tocó con la mano derecha y se persignó tres veces. “Conmigo”, pidió antes del padrenuestro, pero nadie acompañó, algunos fingiendo ignorancia para no perder prestigio. Finalmente el cura se dio vuelta, abrió la Biblia en una página cualquiera y volvió a mirarlos:

-Hijos, hijos –acentuó–, esta es una jornada para festejar. No, no me miren así, es la verdad divina. Dios recibe a su amigo en su casa. Y acá, hijos míos, o mejor dicho hijos nuestros... ¡acá en La Plata hay un vigilante menos!

Se desprendió ampulosamente la sotana y les mostró, orgulloso, sus ropas de debajo: una vieja camiseta de Gimnasia, la 5 de Kuzemka, a la que tomó con las dos manos y le dio un sonoro beso antes de largar la carcajada. “¡Oh, no tenés aguante, Pincharrata, vigilante!”, cantó, saltó, revoleó la sotana.

Potoco tardó varios segundos hasta salir de su confusión y reaccionar: se abalanzó sobre el cura y le voló los lentes con un poderoso cross de izquierda.

Cuando estaba otra vez por atenderlo sucedió: el cajón se desprendió del aparejo, viajó unos cuantos metros por el aire y en el golpe contra el suelo se deshizo o se partió en tres mil pedazos. “¡Yo dije que este cajón era una mierda, ¿vieron que no había que comprarlo en Mercado Libre, aunque saliera más barato?! ¡¿Quién carajo lo eligió?!”, gritó Potoco, que se olvidó del cura y corrió: para rescatar el cadáver del amigo y también para llegar antes que Salamida, quien creyó encontrar una nueva chance de guardarse la casaca.

Llegaron juntos, entre empujones, Potoco y Salamida. Se detuvieron ante el cuerpo, petrificados, horrorizados ante el

EL ENTIERRO

retrato de la muerte.

Unos segundos después se miraron entre sí. Volvieron a mirar abajo.

-¡Pero che! –gritó finalmente Potoco.

-¡¿Qué pasa?! –preguntó Vargas.

-¡No es el Toba! –dijo Potoco.

-¡No, no es! –certificó Salamida.

-¿Cómo carajo que no es el Toba? –volvió a preguntar Vargas.

-No, no es el Toba. ¡Es una vieja chota! ¡Vengan, miren!

Se acercaron a comprobarlo, algunos tapándose velozmente la nariz por el olor que despedía la vieja, que estaba, igual que el Toba, sola y a la espera de su entierro. En el desconcierto miraron a los sepultureros: descostillados de la risa señalaban, unos ochenta metros más allá, al otro féretro.

El muerto correcto.

Vargas volvió a encabezar la fila india. Salamida aprovechó:

-Choreale el anillo, choreale el anillo a la vieja –le ordenó a otro.

El sacerdote buscó los lentes en la tierra y se acercó a la muerta:

-Perdónalos, hija mía, no saben lo que hacen.

Se puso la sotana y se sumó, abnegado, a la peregrinación del enemigo.

Guapo era Soriano

Pero mirá, pibe, mirá si serán llorones los jugadores de ahora. Decime vos, ¿qué pide el 5? ¿Penal pide el ortiba? Pero que se deje de joder, ¡si no te hizo nada, cagón! Echeló, referí, echeló por vigilante, que encima pide amarilla. ¡Llamá al 911, también, botonazo! O por prolijo echeló, qué mierda. Si se queja de que le arrugaron la casaca. Miralo, pibe, miralo al 5 cómo le muestra la manga torcida al referí, mirá la cara que pone. ¡Botón! ¡Alcahuete! ¡¿Quién sos?! ¡¿Paco Jamandreu sos?! ¡¿Ante Garmaz sos?! ¡¿Nelly Raymond?! ¡Andá a que te dirija Jean Cartier, afeminado! Me hubiera gustado verlo a éste en otros tiempos, pibe, con el Cholo Simeone, pero el Cholo viejo te digo, el original, o con el uruguayo Matosas, que era el viejo del que después jugó en Racing, o con el Patón Rossi, o con el Coco Basile que ya de chico te volaba el nido de un hondazo, para qué te voy a contar, o muchos años antes con Soriano mismo, pibe, el Fero Soriano, que ahora lo ves un viejo choto pero antes te guardaba de un roscazo y nada, pibe, ni amarilla le ponían los referís, qué amarilla ni ocho cuartos si el área era el Vietcong era, el desembarco en Normandía. ¡Dale, 5, dejá de saltar, la reputa que te parió, volvé al Colón, volvé al ballet Brandsen, la perdiste a Norma Viola en el vestuario! ¿Vos qué

edad tenés, pibe? Claro, ni habías nacido vos, vos creciste con esto, con esa play que juegan ahora, pero antes era otra cosa, era mucho mejor, sí, mucho mejor pibe, no te voy a andar diciendo como esos cagones que te dicen “ni mejor ni peor, era distinto” para no quedar como el orto andá a saber con quién. Era mejor y punto, y al que me lo discuta lo bajo de un voleo en el ojete. Lo que pasa es que antes no había video, no hay más pruebas que lo que te podamos decir nosotros los sobrevivientes, los más veteranos. Mirá sino, miralo al 5, sigue llorando, ¿qué le habla al referí, me querés decir? ¿Le está relatando el match? ¿Le está recitando, le está leyendo un discurso? ¡Andate, 5, y la putísima madre que te remilparió, andate el borsi a hacer el claringrilla, intelectual! Y te lo nombro a Soriano porque yo lo conocí muy bien, no me la contaron, lo vi yo con mis propios ojos. Jugamos juntos tres años en El Porvenir, 40, 41 y 42, porque antes los torneos arrancaban en marzo y terminaban en noviembre, pibe, diciembre a más tardar, no como ahora que los hacen con el horario de Europa y terminás yendo a la cancha con 87 grados que se te cuece el orto en los escalones, se te prenden solos los cigarrillos. ¿Qué mierda me importa Europa a mí, me querés decir? Si salgo de Barracas y llamo al 113 para ver si cambió la hora. Y menos mal que es la hora de Europa, que si fuera la de Japón nos harían ir a la cancha a las tres de la mañana en pleno invierno. Imaginatelo al 5 este, jugando con bufanda y pantalón de corderoy. ¡5, saltás más que un disco de Corsini, cagón! Si lo agarraba Soriano a éste. Porque era tremendo Soriano, pibe. Tremendo pero tremendo de verdad, de dejarte el comedor incompleto de un codazo sin importarle tres carajos que estuviera el referí al lado, a un metro, ¿me entendés?, de ponerte el

peroné de corbata con una murra de ésas que provocan el murmullo de la tribuna. Te digo, pibe, te digo: en esos tres años que estuvimos en El Porve se debe haber cargado a no menos de 40 contrarios. Y nunca una amarilla, nunca un penal en contra. En realidad penal directamente no se cobraba, no existía, porque lo que te digo: el área era lo que se dice zona liberada, el referí miraba para otro lado y dejaba hacer. Pero al lado de Soriano nosotros éramos nenes de pecho, pibe, poníamos nuestros buenos golpes pero éramos nenes de pecho, éramos Blancanieves y Caperucita juntas. Porque bueno, es cierto que al final a Soriano se lo devoró un poco el personaje, que a veces pasa. Al tipo no le cobraban un carajo y se sintió intocable, una impunidad total. Que la violencia de Soriano, que Soriano y la mala leche, que cómo pega Soriano, que nadie le pone los límites a Soriano, tanto se hizo la fama que se la terminó creyendo, se la terminó comprando, ¿me entendés? Y eso que se dice que uno juega como vive con Soriano fue al revés, pibe, fue al vesre, empezó a vivir como jugaba, y dejó de ser sólo cosa de los partidos, qué va a ser de los partidos, nada que ver, ni siquiera de las prácticas era, por eso te digo que se lo devoró el personaje. Al 5 le va a pasar lo mismo, vas a ver. ¡5, vas a terminar haciendo un curso de corte y confección, onanista! ¡Pedile el banderín al laiman para hacerle un voladito, comechingón! Porque lo que te digo, pibe, así pasó con Soriano. Yo qué sé: me acuerdo de una vez que fuimos a comer a lo de Firpo, otro compañero de El Porve, que nos invitó a la casa al cumpleaños del abuelo. 90 cumplía el viejo, estaba hecho mierda el pobre, no entendía una mierda, pero la cosa era festejar y Firpo nos invitó, porque estábamos siempre juntos. Y ahí estábamos en la mesa, pibe, esperando para morfar,

Soriano, yo, Firpo, la hermanita de Firpo que estaba bastante buena, un par de sobrinos, un par de primos, otras viejas chotas, el viejo del cumpleaños en la cabecera, en fin, una mesa larga, y en eso aparece la vieja de Firpo con una fuente de fideos con tuco, pero una fuente para 200 te digo, un volcán en erupción, con los tallarines colgando por los costados y el tuco medio chorreando, y a la vieja de Firpo se le dio por acercar la fuente hacia la mesa por atrás de Soriano, pibe, tenía mil lugares y fue por atrás de Soriano, ¿me entendés? Para qué te voy a contar: Soriano como que se vio sorprendido por la espalda, como que sintió que le estaban ganando la posición en un centro, y ahí nomás largó el codazo criminal, así nomás pibe, sin decir agua va, una cosa salvaje, y no sólo le bajó cuatro dientes a la vieja sino que le hizo volar la fuente de fideos a la mierda, tallarines por todo el comedor, fideos pegados en las paredes, el viejo todo manchado con tuco, era una película de Hitchcock pibe, una de Hitchcock, así todo chorreando de rojo, que si lo cuento fuerte el 5 se desmaya. ¡5, puto, andá a leer Mujercitas! Y Soriano nada, pibe, nada de nada, abrió los brazos y miró como diciendo “yo no hice nada, yo no hice nada”, así arqueando las cejas hacia arriba, y se ve que Firpo les había advertido de lo que era Soriano porque nadie dijo una palabra. Ni siquiera la vieja, que se levantó y encaró calladita hacia la cocina. Y peor después, pibe, cuando le trajeron la torta al viejo y Soriano empezó “sople, abuelo, sople”, primero con sorna y después medio con rabia, porque el viejo lo miraba y se reía, no entendía un carajo, y Soriano “sople, abuelo, sople” hasta que al viejo se le dio por soplar: primero se le cayó la dentadura postiza en el medio de la torta y después como que se le fue el aire por el esfuerzo y se

quedó seco, quietito pibe, durito, una cosa dantesca porque el viejo todavía estaba todo manchado de tuco, con Soriano cagándose de la risa y desparramado en una silla y todos gritando “¡se nos muere el viejo, se nos muere el viejo!”. Ya se había creído lo de la violencia en todo sentido, ¿me entendés?, y encima mientras pasaba todo esto me iba dando codazos acá a la altura del hígado como de complicidad, queriendo que yo también disfrutara del episodio, pero eran tan fuerte los codazos que al poco tiempo me dio hepatitis, pibe, hepatitis me dio, te lo juro, y es el día de hoy que no te puede comer un panqueque, o un flan con crema. Al final Soriano se paró, se acercó al viejo y empezó a hablarle al oído, “levantate, viejo de mierda, si ni te toqué vigilante”, y ahí sí Firpo ya se calentó y nos echó a la mierda, a los dos nos echó aunque yo no había hecho nada. Pero bueno, pibe, eso era afuera de la cancha, algo que te cuento como anécdota; lo que importa es que adentro valía todo, ¿me entendés?, lo que quiero decirte es que guapos eran esos nenes como Soriano y no estos pelotudos de ahora que lloran por nada, que dicen soy guapo porque pido la pelota, miralo al 5 si no, miralo cómo corre que parece Nadia Comaneci, Maia Pliseskaia parece, ¡bajenlo, manga de inútiles, bajenlo!, miralo cómo se escapa ese afeminado, ¡partilo, la reconcha de tu madre!, qué van a partir si los nuestros son peores que él, pibe, son peores, miralo al 5, mirá el golazo que nos hizo, la puta que lo parió pibe, qué golazo.

Cementerio club

Lo vimos al Tuerto venir corriendo desde el fondo de la galería, con la cabeza algo torcida para centrar la perspectiva de su único ojo, y aunque en la carrera de todos modos se llevó puestos dos o tres floreros llegó más o menos en buenas condiciones hasta donde estábamos nosotros, sus amigos.

-¡Qué despliegue emocionante, Tuerto! ¿Cuántos pulmones tiene? –lo jodí, y el Tuerto, según el mito asignado a Mostaza Merlo, me devolvió:

-Uno, Muñoz, como todo el mundo.

Jadeaba como si fuera cierto: exhausto, la lengua afuera.

Todos nos reímos. Más de su aspecto que del chiste.

Después sí, el Tuerto respiró profundamente y abrió el diario que traía.

-Escuchen –dijo. Y leyó:

“Más de 500 partidos y más de 200 goles a lo largo de su carrera. Un estilo poco ortodoxo, hasta tosco, que provocó devotos y detractores en cantidades similares, la eterna antinomia entre eficacia y estética. Y este final inesperado, doloroso, en pleno superclásico, sin antecedentes de salud que merecieran una alarma. Se ha ido una parte de la historia del fútbol. Murió el Piedra Piamondo. Murió el popular 9 de Boca. Sus restos

serán velados hasta esta tarde y, mañana a la mañana, trasladados al cementerio de Avellaneda”.

Vi a dónde apuntaba.

-Derecho al Panteón del Futbolista. Olvidate –le dije.

-¿Vos creés? Vengan conmigo –me cruzó.

Nos levantamos todos. Parkinson, el Nuco, el Titi, yo. El Tuerto esta vez no corrió sino que marcó un paso sobrador, jactante; detrás, el resto.

-Miren –señaló una plaqueta.

“Evangelio Piamondo. El Piedra. Nunca te olvidaremos”.

-Nicho –se enojó el Nuco-. Lo mandan a nicho. La levantó con pala, se las deja toda y lo mandan a nicho. Qué ratas. Qué hijos de puta.

-Y Evangelio, Nuco, Evangelio –aportó el Titi-. Qué hijos de puta.

Yo no dije nada.

* * *

Entre los muertos de las tumbas y los muertos de los nichos siempre hubo una especial antipatía. No es de ahora, no: cuando llegué la historia ya existía y va a seguir cuando vengan otros y yo, espero, ya no esté. Cuestión de clases: ellos están ahí lo más chotos en sus sepulturas, alejados varios metros unos de otros, y ese beneficio del espacio con que cuentan nos resulta humillante, un recuerdo innecesario y alevoso de lo que eran sus vidas en sus coquetas propiedades con tres o cuatro habitaciones, y también de las vidas de nosotros, que igual que nos amuchábamos en casillas y monoblocks del conurbano profundo estamos aho-

ra hacinados en los nichos. Así que, de todos los muertos del cementerio, somos los que más ansiosamente esperamos la noche para salir a estirar un poco las patas, por decirlo así: antes, en el horario de visitas, cumplimos con la obligación de respetar límites geográficos, roles establecidos, creencias, religiones y supersticiones, esa clase de reglas tácitas que hay que seguir para que no se desintegre la estructura del mundo.

Los tierrita, los llamamos a los sepultados en las tumbas, y ellos a nosotros los chapita, particular jerga por la que también bautizamos a cada uno según la causa de su muerte, o según alguna característica notoria que le haya dejado la muerte misma, no sé si se entiende. Al Tuerto, para dar un ejemplo, lo bole-teó la policía con un balazo en el ojo izquierdo cuando estaba cortando el estéreo de un Land Rover. Y yo soy Rosi por una cirrosis fulminante que me dio hace ya tres años, así, de repente, sorpresiva. No digo que no chupara, pero tampoco tanto. La cuestión es que decirme cirrosis les resultaba largo e impersonal, porque somos varios los fiambres por idéntico motivo, y el apó-cope Rosi devino Rosi por el hábito oral de eliminar las eses del final, qué hacía Rosi cómo andá, no te vayá tan temprano y así, no un vestigio póstumo de nuestro status social sino una forma de reconocimiento interno o pertenencia, inclusive de temeridad. Los tierrita pronuncian las eses y ni hablar de los culorrotos de mausoleos y panteones, los garcas como directamente les decimos porque con ellos no andamos con vueltas, gente de doble apellido que apenas cruzamos salvo el Herradura, que murió por la pisada en la cara de un caballo de equitación y sale cada noche de su bóveda para venir a recordarnos su alcurnia con esa ropa ridícula y esa gorrita que parece Pericles de los

Locos Adams.

Así que las pelotas que la muerte nos iguala.

* * *

La idea de saldar las cuentas a través de un picado venía de hacía varios meses, pero fue nuestra insistencia la que terminó por convencer a los territa de aceptarla. Manga de muertos, son todos putos, no tienen huevos, en fin, las afrentas necesarias para garantizarnos la concreción del desafío.

-Listo, el sábado. A la noche, obvio –concluyeron.

Era lunes.

Nos restaba definir algunas cuestiones reglamentarias, sobre todo lo del árbitro, pero mientras tanto, y apenas los territa nos confirmaron fecha y hora para el enfrentamiento, empezamos a delinear el equipo. Mi pasado como futbolista semiprofesional en el ascenso me había dado cierto prestigio en los pasillos de los nichos, así que todos apoyaron el plan de que me hiciera cargo de la convocatoria. Pero igual le pedí a los muchachos que me ayudaran.

-Miren –les advertí–: lo primero que tenemos que buscar son tipos que se hayan muerto jóvenes, entre 20 y 40 años, 45 como mucho. Y que la muerte no les haya comprometido alguna parte fundamental del cuerpo para la práctica del fútbol, ¿sí? Porque ustedes me lo traen al Mitad, para darles un ejemplo, que le faltan las dos gambas y anda en ese carrito, pobrecito, que encima los hijos de puta de los familiares le consiguieron un nicho bien barato de allá arriba y sube como si estuviera escalando el Aconcagua, y el Mitad no me sirve para un carajo, ¿me

entienden? Si quieren lo podemos usar para sacar a los lesionados en el carrito ese que tiene, pero jugar no puede jugar.

-Claro, te entendemos.

-O vos mismo, Parkinson, perdoname que te lo diga pero es así: ¿qué mierda hacemos con vos, si encima ni pinta tenés de jugar al fútbol? ¿Vas al arco? ¿Sabés lo que podés tardar en ponerte los guantes nomás? Nos morimos dos veces más, Parkinson, si te gastás un termo entero en cebar un mate de lo que te cuesta embocar el agua. Mi abuela tenía parkinson y me quiso tejer un pulover. Cinco meses tardó. ¿Saben lo que terminó siendo eso? Ocho mangas, tenía, todas de diferente longitud. Ni que yo fuera un pulpo. Y la vieja insistía en que lo usara. Claro: creía que las ocho mangas eran una ilusión óptica por la vibración de su cabeza, como si viera todo con fantasma. Con vos debe ser lo mismo, Parkinson, así que perdoname pero en esta te quedás afuera. Y lo de la edad lo mismo, muchachos. Ni muy pendejos ni muy veteranos.

La idea era hacer una lista lo más amplia posible dentro de los parámetros establecidos y definir el plantel con titulares y suplentes después de algunas pruebas y cuestionarios. Nos quedaban cuatro días, de martes a viernes, porque para el sábado a la mañana ya queríamos tener todo armado.

En eso estábamos cuando el Tuerto trajo la noticia del Piedra Piamondo.

* * *

Son las cosas pendientes lo que determina nuestra permanencia acá en el cementerio. Todos arrastramos alguna deu-

da, aunque nadie sabe puntualmente cuál ni tampoco, en consecuencia, si alguna vez podrá saldarla. Existe, sí, la esperanza de hacerlo, sobre todo porque nos constan los múltiples antecedentes: espectros que finalmente la empardaron y, sin más, se evaporaron, desaparecieron, se fueron, a dónde no sabemos (digo esperanza por la sospecha de que, al menos a los chapita, nos esperan comodidades mayores). Así que por lo pronto, y ya vueltos del paseo que nos había dado el Tuerto, nos dominó la duda sobre la presencia de Piamondo entre nosotros.

-Pongamos que sí, que el tipo quedó con deudas –propuso el Nuco para zanjar una discusión que no iba a ningún lado.

Pusimos que sí, que venía con un déficit por decirlo de algún modo, pero quedaban otras cuestiones. Lo primero era la adaptación a su nueva condición, la resistencia que opondría antes de aceptarse muerto. Para algunos bastaban unos cuantos minutos, si es que ya no venían directamente acomodados; a otros, en cambio, les llevaba días, semanas, meses de aislamiento e introspección, sobre todo a los que, como Piamondo, no tuvieron información previa ni amenazas. Hay sorpresas de las que cuesta un huevo reponerse.

Lo segundo: su estado físico. No su estado previo, obvio, que el tipo al fin y al cabo estaba en la Primera de Boca; ni tampoco la causa de su muerte: suponíamos un infarto, sobre todo por lo que habíamos leído en el diario que encontró el Tuerto, como mucho un codazo a la nuez o alguna de las salvajadas habituales del Kaiser Etcheverry, el 6 de River, en definitiva nada que comprometiera la capacidad del Piedra para seguir jugando. Dudábamos de que tuviera tiempo suficiente para recuperarse de la rigidez póstuma.

-¿Alguno de ustedes lo vio jugar? –preguntó el Titi.

-Yo –respondió el Tuerto.

-Bueno, entonces no me vas a dejar mentir. Este Piamondo era un tronco, muchachos, un tronco importante, un patitieso que se caía al patear un penal, por ejemplo, como si estuviera enyesado todo el tiempo. No por nada le decían el Piedra, ¿no les parece? Así que yo no lo contaría: va a estar más duro que Tu Sam, duro al cuadrado va a estar. ¡Puede fallar, Rosi, puede fallar!

-Tenés razón –aportó el Tuerto-, pero Piamondo endurecido es mejor que cualquiera de nosotros, Titi. ¿Vos viste lo frío que es para definir?

-Ahora que está muerto va a ser más frío todavía –dijo el Titi-. No sé, Rosi, no sé. Decidí vos qué hacer que sos el que sabés.

Lo que decidí fue esperar, lo más recomendable.

-¿Cuándo era que lo traían? –pregunté.

-Mañana a la mañana –me recordó el Tuerto.

-Bueno, mañana a la noche lo encaramos.

Antes del amanecer armamos una lista provisoria de jugadores según los márgenes definidos. Aunque el Tuerto planteó una última duda:

-¿Con el Carpa? ¿Qué hacemos con el Carpa?

Sin contar a Piamondo, el Carpa era el único de nosotros que había jugado de verdad, en la Primera de Independiente y un par de veces en la Selección, pero cuando el fútbol era con gorro de Gath y Chaves y pelotas con tiento; y además se murió a los 92, enfiestado con un par de gatos y zarpado de viagra, final del que conservaba una sonrisa y una erección considerables. Ese deta-

lle de su virilidad, aun farmacológica, le había difuminado los límites de sus reales aptitudes: sospechábamos que reclamaría titularidad y capitanía, así con esa soberbia que le provocaba virtud semejante y con la que dos por tres se cruzaba ufano al cementerio de las putas viejas, putas de épocas remotas, cuando la sociedad las marginaba inclusive muertas. Decidimos convencerlo de que sería más importante en el banco, aportando sus conocimientos como DT, más allá de que después desoyéramos lo que tenía para decirnos.

* * *

Nos reencontramos, según lo pactado la noche previa, frente al nicho del Piedra. Ya había pasado la hora de las visitas, y como vestigio de la ceremonia quedaba una cantidad enorme de ofrendas florales: Boca Juniors, La 12, Tus compañeros, Tu familia, Tus amigos, River Plate y la mar en coche. Las coronas y los ramos desbordaban por mucho los límites de la sepultura de Piamondo y sorprendían a los muertos vecinos que iban saliendo, la mayoría olvidados, acostumbrados al vacío y al olor del agua rancia de sus cacharros en desuso.

La sorpresa también era al enterarse para quién eran las flores; hasta allí la noticia apenas había trascendido entre nosotros. Así que, de repente, era una manifestación chapita a la espera de que Piamondo se asomara, y el barullo convocó enseguida a los territa, al Herradura, a algunos otros oligarcas de los mausoleos y hasta a los humito, siempre celosos cancerberos de sus urnas y sus cenizas, que se depositaban en el edificio más retirado del cementerio, y cuyos encuentros con el resto de los muertos eran

de escasos para abajo. A medida que pasaron las horas, sin embargo, la multitud fue decreciendo: el Piedra no aparecía y se acentuaba la idea de que no tuviera cosas pendientes, situación festejada en especial por los tierrita, temerosos de cara al desafío.

Quedamos los del comienzo, el Tuerto, el Titi, el Nuco, Parkinson, yo, reunidos por la esperanza de contar con su presencia allí, primero, y en el partido después. Y al cabo de unas horas sucedió: entrada la madrugada, Piamondo asomó la mitad de su cabeza. Frente, ojos y nariz. Repitió seis o siete veces el movimiento de mostrarse y esconderse, sin reparar en nosotros, obviamente asombrado de su capacidad para atravesar el concreto. Después sí, sacó todo su cuerpo hacia delante hasta apoyarse con las manos en el suelo y dejarse caer con lentitud, favorecido por ocupar un nicho de la segunda fila.

-Hola –nos dijo casi con timidez, como aturdido, todavía sin comprender las razones de su talento flamante, el de pasar a través de la materia; ni tampoco reparando en la alegría de que, a juzgar por su salida de cabeza, lo habían depositado en el nicho con los pies para adelante.

-Hola –le respondimos.

-¿Quieren una foto, un autógrafo? –dudó.

-No, Piedra, gracias.

-¿Entonces?

-¿Entonces qué?

-¿Quiénes son? ¿En dónde estoy?

Le dijimos. Quiénes éramos. En dónde estaba. Todo con paciencia, el Tuerto le mostró inclusive el diario que hablaba de su final, pero fue lo previsible: el Piedra se rió, lloró, nos quiso pegar, corrió, se agarró la cabeza, se tocó el pecho, se tomó el

pulso, volvió. Se metió otra vez al nicho.

-¿Ahora? ¿Qué hacemos? –preguntó el Titi.

* * *

No hubo novedades de Piamondo la noche del miércoles ni tampoco la del jueves, cuando, después de entrevistar o probar a no menos de 30 chapita, habíamos definido la lista de titulares y suplentes. A falta del Piedra, y a juzgar por los resultados de nuestras evaluaciones, teníamos dos delanteros de área más o menos respetables, el Lepra y el Chagas, así que aprovechamos: para terminar de convencerlo al Carpa de la relevancia del cargo de entrenador le pedimos que fuera él quien determinara al titular. En el último de los casos tendríamos la opción de hacer el cambio en el partido o en el entretiempo.

El resto del equipo ya lo teníamos claro, aunque para afirmar algunos conceptos tácticos y estratégicos que yo les había adelantado nos juntamos el viernes a la noche para hacer una práctica de fútbol. Nada del otro mundo, algo para conocernos, elongar y correr un poco, motivarnos. Fue un buen ensayo.

-Buena, muchachos –les dije al terminar-. Si jugamos así no nos pueden ganar. Ahora van y se guardan. Duerman bien, descansen mucho. Mañana nos juntamos en el nicho del Tuerto y de ahí, derecho a la gloria.

El grupo se fue diseminando lentamente y quedamos otra vez los de siempre, analizando virtudes y defectos exhibidos por el equipo en el ensayo.

-¿De afuera cómo lo viste? –le preguntamos a Parkinson.

-No sé si temblaba yo o temblaban ustedes.

Todavía nos reíamos cuando aparecieron tres tierrita.

-Venimos por lo del árbitro –dijeron, aunque sospechamos que también querían olfatear si había noticias del Piedra.

-Qué hay con el árbitro –les pregunté.

-Nada, que se nos ocurrió decirle al Padre Juan. Difícil encontrar a alguien más imparcial, y además el tipo está enterrado en la capillita. Ni con nosotros ni con ustedes ni con los garcas ni con los humito.

-¿A Alzheimer? ¿Están locos ustedes? –se cruzó el Tuerto-. Le agarra la amnesia en pleno partido y cobra cualquier verdura.

-Estos últimos días lo cruzamos un par de veces y está bastante lúcido. Y en todo caso si vemos que está desbordado improvisamos con algún otro.

Nos pareció una buena opción. Dijimos que sí, que sería el Padre Juan, a quien por una cuestión de respeto, y más allá de las creencias particulares de cada uno, sólo llamábamos Alzheimer a sus espaldas.

Apenas se habían ido los tierrita cuando escuchamos otra voz.

-Muchachos.

Piamondo.

* * *

Los integrantes del equipo y de la hinchada ya estaban reunidos en las cercanías del nicho del Tuerto cuando caímos con la sorpresa. El Nuco y yo llegamos con el Piedra, quien además nos resolvía otro tema pendiente, el de la pelota: en el cajón le

habían dejado una Adidas reluciente, la de su gol número 200. Ni siquiera hizo falta que confirmáramos que Piamondo sería nuestro 9: los chapita explotaron de alegría y el Lepra, a quien el Carpa había distinguido con la titularidad, no puso ni medio reparo en ceder el privilegio. A los tierrita, en cambio, no les gustó demasiado la novedad cuando lo vieron pisar el escenario del desafío, pero tampoco podían poner objeciones reglamentarias: el Piedra estaba muerto y en los nichos. Era un chapita más.

Nos dispusimos cada equipo en un arco, repasando unos y otros obligaciones tácticas, probando a los golereros, tocando. Nos llamó la atención la tosquedad de Piamondo en sus remates imprecisos, horribles, mientras el Titi me miraba como diciendo yo te avisé, pero aprovechamos que los tierrita reclamaron familiarizarse con la Adidas y logramos disimular el ridículo.

Hasta que llegó Alzheimer. El Padre Juan. El árbitro.

Convocó a los capitanes, hizo el sorteo, preguntó desde la mitad del campo si los arqueros estaban listos y dio por iniciado el encuentro. El Padre Juan tuvo una actuación más que respetable, sin síntomas de su enfermedad, más allá de que insistiera en dictar diferentes penitencias ante los foules, “diez padrenuestros y cuatro avemarías” y así, en lugar de tarjeta amarilla. Aunque no tuvo que intervenir demasiado. Fue un partido con pierna fuerte pero leal, casi sin mala leche, parejísimo, cerrado, con pocas llegadas en los arcos, de clima espeso adentro y afuera. Sin goles. Así hasta el final.

-Dos minutos más –avisó el Padre Juan.

De Piamondo no habíamos tenido noticia: no porque los tierrita le hubiesen dedicado cuidados especiales, sino porque se mostró poco participativo, perdido en tres cuartos de cancha,

como si todavía estuviera sopesando las certezas de su condición flamante. Hasta que, a falta de segundos para que el Padre Juan diera por terminado el enfrentamiento, Parkinson le gritó desde un costado:

-¡Piedra sos horrible y la concha de tu madre!

El insulto, tal vez por reconocible, la puerta de entrada al único mundo que conocía, sumergió a Piamondo en un estado de lucidez futbolística hasta allí ausente. Infló el pecho, levantó la frente, bajó hasta tres cuartos de cancha y le pidió la pelota al Titi, que trasladaba por la zona pero sin profundidad, sin criterio, sin rumbo definido. Vi desde el fondo cómo el Titi se la pasó, vi cómo el Piedra encaró hacia el arco: se llevó a la rastra a dos tierrita, entró al área, dejó atrás al arquero y yo ya preparaba el grito y las gastadas cuando no lo vi más.

No lo vi más.

Ni a él ni a la Adidas reluciente.

Nos quedamos todos quietos, los tierrita, los chapita, el Padre Juan, un silencio de sorpresa y de respeto tras la evanescencia de Piamondo y su pelota.

Hasta que me acerqué al Titi.

-¿Qué pasó?

-¿Cómo qué pasó?

-Sí, Titi, qué carajo pasó.

-Que este burro le hizo un caño al arquero, eso pasó, Rosi. En su puta vida había hecho un caño, Rosi, en su puta vida de tronco había hecho uno.

La deuda que tenía Piamondo.

La leyenda del Rústico Chelso, el primer emo

La leyenda de Rústico Chelso sigue viva en los difusos márgenes en que Villa Domínico deviene acaso en Wilde, acaso en Lanús, acaso en Monte Chingolo, allende los pantanos del Camino General Belgrano, donde se conservan, intactas, las huellas de sus pasos iniciales en el balompié; e intacta también la fábula de su rigidez de piernas, como si el misterio no se hubiese develado. “Esos baches que ve ahí –apunta, nostálgico, su hijo David-, no fueron originados por el tránsito de los camiones de la Capea o de los internos de la 527, no señor. No podrían, por otro lado, los 527 provocar agujeros semejantes, toda vez que, como en la mayoría de las líneas del conurbano, su periodicidad se cuenta en décadas: mi tío Oscar, por caso, llegó a la parada con 48 años y murió de viejo a la espera del colectivo; atravesando, con paciencia inusual, inviernos y veranos, alimentado eventualmente por la piedad de los vecinos, aguantando las urgencias de su cuerpo por miedo a que el bus pasara en el momento en que él se estuviera echando un meo detrás de un arbolito. Pero como siempre fue más bien de perfil bajo nadie advirtió su ausencia hasta encontrarlo ahí, fosilizado, en la gari-ta. Así que esos baches, señor, para que sepa, esos baches son la marca de mi papá, puntualmente el recuerdo de lo que fue su pri-

mera palomita: por la ya legendaria tiesura de sus miembros inferiores calculó mal los pasos y el vuelo, le pifió a la pelota, fue haciendo sapito con la cabeza en el empedrado y levantó, limpitos, nueve adoquines. Nueve, señor, nueve, mire sino la dimensión de los vacíos que han quedado, primero dos, luego otros cuatro y los tres últimos allá. ¿Y esos orificios en el paredón de la esquina? Bueno, mi papá tuvo tanta mala fortuna que, además de partirles el marote al Tanito Scarano y al Pitufio Ocampo, los adoquines rompieron los vidrios del cabaret El Clavel y dejaron al descubierto al Guapo Rubén Cansino justo cuando se estaba empomando a Ricardito, el dueño. Ahí nomás, y con su honor mancillado para siempre, salió el Guapo a los tiros con su 22, aunque no pudo hacer justicia un poco por su estrabismo, argumento que esgrimió más tarde para explicar el episodio con Ricardito, ‘yo quería entrarle a la Pamela, yo quería entrarle a la Pamela’, repetía, inverosímil; y otro poco por la velocidad en la huída de mi papá, indemne a pesar de los fren-tazos que había dado sobre las piedras en la palomita frustrada”.

Y si las marcas en paredes y camino permanecen es gracias a la gente, protagonista de verdaderas puebladas las poquísimas veces que las cuadrillas municipales de bacheo y limpieza intentaron cubrirlas. “Y lo que es la ignorancia de los que gobiernan –dice David-, lo que es su lejanía con el soberano y la voluntad del proletario, que el intendente interpretó la reacción de los vecinos no como una demostración de identidad y tradición, no como la defensa de un mito urbano que él mismo seguramente desconoce aun ocupando el poder desde hace décadas, sino como una rebeldía ante el progreso, razón por la cual nos viene negando cloacas, gas natural, luz eléctrica e higiene barrial”.

Las privaciones, no obstante, le otorgan a la zona cierto primitivismo que se ajusta aún mejor a la leyenda de Chelso, Jorge Adonis Chelso, quien se ganó el apodo de Rústico al cumplir, ya ídolo, su segundo encuentro en la Primera de Racing Club de Avellaneda y después de una reñida votación entre los hinchas, que podían optar también por las variantes Orangután, Neanderthal, Caverna, Burro, Animal, Bestia o, lisa y llanamente, Terrible Hijo de Puta, comentario éste que se multiplicaba en la tribuna al cabo de sus irrupciones en el match.

“Hordas de fanáticos asistieron a la misión suprema de renombrar a su nuevo caudillo –relata El Gráfico en una edición de la época-, Jorge Chelso, ahora Rústico, quien se ganó el cielo racinguista en su debut del domingo pasado, en el clásico contra Independiente, cuando dio por terminada la carrera del promisorio 9 rojo al pegarle en la cabeza lo que intentaba ser una chilena”.

Si bien el nuevo bateo contribuyó para que el mito comenzara a instalarse más firmemente en la memoria colectiva, y lo mismo la sucesión de apodos y hechos lamentables que fue protagonizando a lo largo de su trayectoria deportiva profesional y amateur, la raigambre del recuerdo tiene sin embargo su argumento más sólido en el último sobrenombre de Chelso, no el Rústico que lo acompañó durante buena parte de su vida sino Emo, el Emo Chelso, epítome preciso que vino al cabo a interpretar la característica saliente de su carrera y revelar, lo ya citado, el secreto de su agarrotamiento.

Todo esto, en rigor cronológico, ocurrió cuando ya Chelso había dejado de ser Skippy, como lo conocían de niño por las zapatillas que invariablemente usaba: “Así es, usaba siempre las

Skippy. No sólo de niño –corrige el Negro Ayala, su cuñado-, también de adolescente e inclusive en los primeros años de su juventud. Quiero aclarar: no hablo de fidelidad a la marca, no, sino de fidelidad extrema al mismo par de zapatillas, de mugriento nomás, de sucio que era, porque en la casa tenía unas Flecha, unas Keds Champions, unas Panam, todas flamantes. ‘Les tomé cariño a éstas’, nos decía. Pero qué: si las Skippy nuevas ya dejaban un horrendo olor a pata, imagínese las de mi cuñado, que las calzó, no sé, ocho o nueve años sin lavarlas, sin echarle Dr. Scholl, sin nada. ¡Y encima nos porfiaba! ‘Yo no siento nada’. Claro, qué va a oler: uno se termina acostumbrando a sus efluvios, inclusive desconfiando del olfato ajeno. Pero mire, mire el potrero donde corrió por primeras veces detrás de la pelota con esos pasos de elefante enyesado que lo particularizaban: era un yuyal, qué digo un yuyal, era el Amazonas, el Impenetrable chaqueño, y nunca más creció el pasto. Ni un brote, señor, ni un putito brote, algo que no puede ser adjudicado solamente a sus trancos paquidérmicos, como si ahí hubiese caído el meteorito que extinguió a los dinosaurios, dicho sin rencores porque en definitiva este desierto significa otro recuerdo de mi cuñado. Yo qué sé, por ahí estoy siendo injusto: el tiempo ha demostrado que carecía de flexibilidad en las rodillas y, sencillamente, no podía agacharse para cambiarse el calzado. Ahora, lo que nunca nos quedó claro es si pudo usar durante tanto tiempo las mismas zapatillas por un estancamiento prematuro en el crecimiento de sus pies, una chance cierta porque él mismo en su adultez no fue mucho más alto que en su infancia; o si sus pies, justamente, dejaron de crecer ora aprisionados por las Skippy, como si fuera una especie de geisha, ora apichonados

por el olor”.

Pero, lo dicho, aun usando las mismas zapatillas para el desplazamiento cotidiano, Chelso dejó de ser Skippy con su llegada a las inferiores racinguistas, cuando en la ejecución de un tiro libre, en su primer partido de entrenamiento con la Novena, volvió a pifiarle a la pelota. No fue el yerro lo que motivó los comentarios sino sus consecuencias: por la potencia de la carrera y el remate, y ante la falta de contacto con el balón, su botín derecho salió disparado como un misil, dibujó una extraña parábola en el vuelo y fue pegando en distintas partes del cuerpo de los cinco integrantes de la barrera, a uno en el ojo, a otro en los testículos, al del medio en la boca, a los últimos dos en los parietales, hasta dejarlos a todos en el suelo, desmayados primero y trémulos al despertar, media hora más tarde, momento en el que, sin más, decidieron el abandono.

El episodio le valió el nuevo bautismo, Criminal, como de hecho le gritaban los padres de esos pobres niños a los que había dormido, y a lo largo de su trayectoria en las divisiones juveniles fue acumulando nombres de los que más tarde, con los años, se nutriría Martín Karadagian para identificar a los distintos luchadores de su troupe, ignorando en algunos casos que respondían a gentes reales de la historia. Atila, El Carnicero, Diábolito, Gengis Khan, El Indio Machuca, Tufic Memet, Mercenario Joe, Kanghai el Mongol, El Vikingo. “Que los motes con los que mi papá se abrió camino en el fútbol fueran copiados exclusivamente por los peores integrantes de Titanes en el Ring, por los más malos y salvajes, representa una genuina casualidad. Considerarlo de otro modo es favorecer la lectura de los malintencionados, que intentan demonizar con argu-

mentos de escaso peso el apellido ilustre que yo heredé”, dice David.

A favor de la posición de Chelso hijo, o como excepción a la regla, se anota el caso de La Momia, de los catchers más buenos y queridos por los niños, que fue quien acaso más cosas tomó del jugador. “Karadagian me mostró una antigua película de Rústico y me dijo ‘así quiero que seas’ –cuenta, desde el geriátrico en el que vive, Polaco González, otrora intérprete del mítico luchador de los Titanes-. El film fue muy famoso en su momento: acompañaba la encíclica papal Providentísimus Deus de León XIII y ponía a Rústico como refutación a la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies. Tal cual así era Rústico, involutivo, porque evidenciaba una capacidad intelectual muy inferior a lo de un mono y sus movimientos carecían de toda gracia, de toda agilidad. Pero bueno, Karadagian no se detuvo en las inconveniencias religiosas o científicas que pudiera suscitar mi personaje, me pidió esta imitación que le cuento y obedecí. Me llevó muchos años de práctica la ejecución rigurosa de sus movimientos corporales, porque, lo que le digo, Rústico parecía de madera, un Pinocho sin articulaciones, totalmente osificado. Una Momia, exacto, tal el apodo que tenía en esos días y yo copié a pedido de Martín. Corría con los brazos extendidos hacia los lados y la cabeza levantada, en su caso no por cuestión de panorama, no por el beneficio táctico de buscar al compañero mejor ubicado, sino, simplemente, por la ausencia de flexibilidad en el cuello. Y lo más llamativo eran las piernas, abiertas en un ángulo de noventa grados, como si careciera de rodillas y tobillos y estuvieran sostenidas por un solo hueso desde las caderas a la punta de los dedos. Tal vez esa fuera la razón

de su estatura, porque Rústico era más bien bajo, como si la naturaleza sólo hubiera dotado a sus piernas con el fémur o la tibia o el peroné, no me pida ahora precisiones de anatomía, todo esto dicho más allá de las razones que él mismo expuso como explicación de su dureza. La cosa es que recién pude resolverlo ajustándome las vendas de modo inhumano, entablillándome el cuerpo entero, un dolor de la putísima madre que lo parió, para qué le voy a mentir. Después, para completar la composición y como la película del Rústico carecía de sonido, tenía subtítulos en latín pero no entendí un carajo, decidí que La Momia fuera muda. Y la última cosa que tomé de Chelso fue la sordera”.

Porque Rústico, como recuerda Polaco González, en efecto era sordo. No de nacimiento ni tampoco totalmente: perdió el oído derecho en edad de Sexta. Primero fue una perforación en el tímpano por el grito desgarrador de un rival al que le provocó quíntuple fractura expuesta de tibia y peroné. Más tarde, para completar, se sumaron las paperas. “Quiero aclarar el tema –interviene David-. Cuando le preguntaban a papá la razón final de su sordera, respondía, sencillamente, las paperas. Y no faltaba a la verdad, señor, pero era una verdad a medias o, mejor dicho, la gente hacía e incorporaba una versión equivocada de la historia. Mi papá terminó de ensordecer de su oído derecho no por el inextricable camino de la enfermedad ‘paperas’, que a veces llega inclusive a los testículos, sino por la Carla y la Cecilia, dos viejas que pasaban en sulki por el barrio vendiendo papa a granel. Ellas eran las paperas. Una vez mi papá les durmió al caballo de un pelotazo, las viejas reaccionaron a papazo limpio y con una papa de este tamaño le dieron justo en la ore-

ja que tenía ya maltrecha”.

Chelso se levantó minutos después del golpe como un murciélago encandilado y el impedimento acústico, entonces más profundo, terminó acentuando su truculencia -más allá de que al principio intentara resolverlo con la implantación de una trompetilla en la oreja-, porque le perjudicó el concepto de equilibrio, de tiempo y de distancia. Para colmo su puesto en el campo era back izquierdo, con lo que, por lo general parado según la disposición inicial de los encuentros, esto es mirando al frente, oía sin inconvenientes los insultos o el aliento de los hinchas pero nunca las recomendaciones de sus compañeros.

“Así como se dice que hay jugadores que se desempeñan con la pierna cambiada –evoca David-, que llegan al fondo y deben hacer un movimiento de más para tirar el centro, de papá yo digo que actuaba con la oreja cambiada, sobre todo si se considera su posición en la cancha. Y lo mismo al proyectarlo en situaciones de la vida cotidiana porque es tal cual; la sordera le había dado en el oído más necesario. ¿Quiere un ejemplo? Bueno: manejando, señor, lo que era manejando. Por ahí íbamos en viaje y mi mamá hacía un comentario cualquiera; mi papá, a cuyo oído sano le llegaba un eco, un susurro, giraba la cabeza suponiendo que le hablaban a él... ¡y el gesto le valía desentenderse por completo de la conducción del automóvil! Desde mi asiento de atrás he visto colectivos y camiones en maniobras violentas para evitar los choques, peatones arrojándose al costado del camino para salvar sus vidas, y todo sin que papá se diera cuenta. Para él la ausencia de accidentes era consecuencia de sus capacidades al volante. Porque además, con la oreja dispuesta hacia mamá, tampoco escuchaba los insultos, ‘¡asesino hijo de putaaaaaaa!’,

‘la puta que te parioooooo!’), en fin, nada que no le hubieran dicho ya en las canchas. O, algo más trivial si prefiere, cuando jugábamos al teléfono descompuesto. Mi mamá comenzaba con una frase de Lope de Vega o de Quevedo, porque ella siempre fue muy culta, y la intervención de mi papá la desvirtuaba totalmente, aunque debo decir que su ignorancia obraba en idéntico sentido cuando el juego fluía en dirección opuesta a las agujas del reloj y le tocaba escuchar con la oreja buena. Lo mismo sería en la cancha, imagino, con papá girando para escuchar lo que le decía el arquero y el wing rival desbordándolo por la raya”.

Chelso, sin embargo, supo traducir todos estos prejuicios en una ventaja personal inesperada, beneficiado además porque se había instalado el rumor de que su sordera era completa (error en el que cayó de hecho Polaco González en la interpretación de La Momia): después de sus brutales intervenciones fingía no comprender los retos de los jueces. El episodio, por recurrente, acabó por perfeccionarlo en el arte del disimulo: terminaba de ajusticiar al adversario y se disponía, manso, a la espera del árbitro, ante quien iba cambiando paulatinamente su semblante desde la incomprensión hacia la inocencia hasta poner, como lo definió el diario El Mundo, “una tremebunda cara de boludo, de ‘yo no fui’ o, en todo caso, de ‘fue sin querer’, como perro que volteó la olla”.

“Además –aporta Ayala-, lo consideraban demasiado tosco como para que pudiera avanzar en el aprendizaje de la lectura de labios y de señas. Como a los primates, le habían hecho esos estudios en los que se relacionan colores con formas geométricas y comidas, y en su puta vida pudo acertar una”.

Sensibilizados por el rostro de Chelso, ese candor de cejas

arqueadas, ojos caídos y boca fruncida que en su momento de máximo esplendor se impuso como moda entre las caretas de carnaval y que, “equivocadamente” como acota su hijo David, algunos siguen exponiendo como argumento del apodo de Emo con el que finalizó su carrera, por la emoción que parecía desprender de sus facciones, los árbitros le acariciaban, indulgentes, la cabeza, y descartaban cualquier sanción severa. Más todavía: lejísimos de recomendarles a los referís una revisión de tales situaciones, la FIFA incorporó la figura del foul preterintencional, punible a lo sumo con un libre indirecto o un bote a tierra.

Semejante impunidad le permitió despacharse a su antojo, alimentar su leyenda en las Inferiores, llegar a la Primera, ganarse el nombre de Rústico y acentuar su idolatría ante los hinchas afinando su salvajismo con jugadas memorables como “la batiadora”, un extraño movimiento circular apoyado sobre su pie izquierdo que desembocaba en un derechazo al wing que lo atacaba. Era una maniobra facilitada por la insólita rigidez de sus miembros inferiores y de precisión micrométrica que, imposible de desentrañar para los especialistas del fútbol, mereció tesis de físicos, astrólogos, parapsicólogos y bioquímicos.

La actuación del Rústico, igualmente, redundó más en inconveniencias físicas para los rivales que en dividendos deportivos para Racing, como si sus compañeros asumieran la vergüenza que él mismo no exhibía y se vieran entonces limitados para desarrollar sus condiciones futbolísticas. Así, y aun intenso, el romance con la gente fue fugaz, de diez partidos, tal vez doce, los que tardó el entrenador en buscar otra variante, y los buenos resultados posteriores ayudaron a que la gente se quejara más bien poco. Si esa brevedad y la precariedad informática de la

época conspiran contra la reconstrucción exacta de su paso por la Primera del club de Avellaneda, en el barrio, lo ya citado, quedan marcas indelebles que permiten una más precisa evocación.

Porque Chelso sacó provecho de la fama que le había dado el debut en la Academia, también de la admiración despertada entre los hinchas, y lideró un equipo vecinal con el que literalmente asoló las canchas de la zona. Fue aquello un verdadero mojón en la historia del mercado negro del fútbol profesional, el primer paso: partidos interbarriales y por dinero. “A lo largo de mi vida he conocido jugadores de Primera que lideraban formaciones barriales en desafíos por efectivo –dice Ayala-, a veces a escondidas, a veces no, siempre una forma de producir ingresos paralelos y de beneficiar a sus amigos con la calidad, los secretos y las mañas adquiridas en el fútbol rentado. Porque usted sabe que aun el más tronco de los profesionales suele marcar diferencias notorias en los picados en el barrio. Pero lo de mi cuñado fue distinto: igual que en Racing, su presencia era igual de perjudicial para ambos bandos, en lo físico para los rivales, en lo deportivo para sus compañeros, y no encuentro otra explicación que esa que dicen, que había un capitalista que financiaba su participación”.

Eran, sí, más las ocasiones en las que el equipo del Rústico se retiraba derrotado que triunfante, pero no había vez que no provocara una fractura, una quebradura, un traumatismo de cráneo, un desgarró, una entorsis de tobillo, una rotura de ligamentos. Esas consecuencias de su brusquedad eran el motor que activaba los desafíos, más allá de que la versión siga siendo rechazada por su hijo: “Siempre dijeron que a mi papá le pagaba el dueño de una clínica privada de la zona, hasta lo acusaban de

quedarse con todo el dinero y no compartirlo con sus compañeros. Patrañas. Es verdad que los lesionados eran trasladados invariablemente a esta clínica susodicha, y también que el propio dueño esperaba al costado del terreno en su ambulancia, relamiéndose, pero que quede claro: eso sólo explica el oportunismo y la ambición de un inescrupuloso empresario de la salud. Mi papá no tenía ningún negocio, no lo motivaba otra cosa que no fuera su vocación de futbolista, la adrenalina de la competencia en cualquier nivel, la posibilidad de ayudar a sus amigos”.

En cualquier caso, siendo menos o más la contribución al bolsillo de sus compañeros que el perjuicio a los eventuales adversarios, con lesiones diversas, muchas de ellas sin siquiera antecedentes, rarezas completas aun hoy en el mundo del deporte, la carrera de Jorge Adonis Chelso, el Rústico, se terminó abruptamente en uno de aquellos partidos informales, en el que el gentío presente empezó a darle forma a una leyenda trasladada luego de boca en boca, de generación en generación, todavía hoy vigente: la del primer Emo.

Era un choque cerrado, diez minutos con el marcador en blanco. Cuando estaba por someter a su tercera víctima del día y los espectadores procedían a cubrirse los ojos con las manos, como si llegara la escena más sangrienta de un film de terror, Chelso interrumpió su marcha. Así, sin más, se quedó parado, inmóvil, ante el pedido de piedad que ya exponía en el rostro su adversario.

-Muchachos –dijo Chelso-, no puedo más.

Lo miraron todos: compañeros, rivales, público presente, reunidos en un silencio inédito, pesado, ese aire denso que se corta con cuchillo.

-Hasta acá llegué –insistió.

Y Chelso, antes de alejarse en silencio de la cancha, antes de perderse para siempre golpeado por la vergüenza, antes de enterrar al Rústico como había enterrado a tantos otros para darle paso a un nuevo apodo, el nombre final, la eternidad, los miró con rostro aniñado y dijo:

-Las hemorroides. Me están matando las hemorroides. Soporté todos estos años, pero ya no puedo más. Perdonenme, no puedo más.

“Así fue, señor, así tal cual. Y todos esos genios que le buscaron absurdas explicaciones a sus movimientos nunca hablaron de su estoicismo, de su temperamento, de su dignidad. ¿Sabe lo que es desarrollar toda una carrera deportiva con hemorroides? Se la regalo, don, se la regalo. Era eso su rigidez de piernas; eso sus trancos de elefante. Y eso la razón de su último bautismo, Emo, el Emo Chelso. Y no me venga al barrio con menudencias de alfabetismo, señor, que, ya ve, a peores embestidas ha sobrevivido el mito de mi papá”.

Indice

Komako 11	15
El jardín de los Eekos	25
El traidor	41
Pafundi	51
El entierro	63
Guapo era Soriano	71
Cementerio Club	77
La leyenda del Rústico Chelso	91



Impreso en MPS
Buenos Aires
Agosto de 2009



El jardín de los ekekos puede leerse como una sucesión de carcajadas en clave futbolera que alivianan el espíritu y dibujan sonrisas mañaneras. Pero cualquiera que indague en una segunda lectura, verá que ahí abajo, subrepticamente, el Chopo Boccalatte habla de valores, purgatorios y códigos que perduran en aquellos que ya sea en la tribuna alentando a su equipo o en la cancha pateando con los amigos, sabe que en la vida, como en el fútbol, se juega de una sola manera: corazón, pases cortos y la intención de clavarla, siempre, al ángulo.

Gustavo Grabia

ISBN 978-987-1367-15-3



9 789871 367153

